
CRÍTICA URBANA

REVISTA DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES

Marzo 2026 | Vol.IX | Núm.39



FEMINISMO Y ESPACIO

ÍNDICE

3

El hábitat desde el feminismo

MARICARMEN TAPIA GÓMEZ

4

Urbanismo feminista ante el avance de la ola conservadora

BLANCA VALDIVIA

9

Beyond the Fakes

NOURHAN BASSAM

15

Mujeres singulares en la ciudad

YOLANDA PÉREZ SÁNCHEZ

19

Vivienda feminista para construir espacios de vida

ROSER CASANOVAS

23

La Haima como archivo, memoria y pertenencia del Pueblo Saharaui

FLAVIA REYNOSO ROMÁN Y PATRICIA MUÑIZ

28

Nas marxes da cidade

SARA VÁZQUEZ

32

Apuntes desde la Ciudad de México sobre feminismo, género y ciudad

MUNA MAKHLOUF DE LA GARZA



Cariátide. Serie Hipódromo revisited. Madrid, 2020.

Foto: Ana Amado www.anaamado.com

37

Que fan elas? Experiencia urbana e violencia sexual en A Coruña

UXÍA LÓPEZ MEJUTO

41

Mapear los cuidados para una corresponsabilidad territorial

TAMARA JERI

45

Urbanismo local con perspectiva de xénero desde Silleda

CRISTINA BOTANA, NATALIA CAMPOS E MARÍA NOVAS

48

Contra corriente: concurso Pascuala Campos de Michelena

AMPARO CASARES, MÓNICA MESEJO Y EMMA LÓPEZ



CRÍTICA URBANA

SUSCRIPCIÓN GRATUITA:
criticaurbana.com

ADHERIDA A:



DORA



EL HÁBITAT DESDE EL FEMINISMO

MARICARMEN TAPIA GÓMEZ

Directora de Crítica Urbana

Hacer arquitectura, urbanismo o intervenir en el territorio desde el feminismo implica un cambio radical de mirada y de respuestas, porque los espacios que habitamos son reflejo de nuestra sociedad y, como tales, reproducen patrones de discriminación.

La discriminación y el desequilibrio de poder entre hombres y mujeres no son una cuestión de opinión, sino una realidad. Las estadísticas muestran esta desigualdad en todos los aspectos: económicos, culturales, sociales, y se expresan con especial crudeza en la *violencia de género* y en los *feminicidios*.

Hablar de feminismo significa partir de dos cuestiones básicas: asumir que las mujeres sufrimos discriminación y luchar por la igualdad de derechos y oportunidades. En nuestro campo, conlleva repensar nuestros entornos de vida. A través del diseño y la planificación es posible tanto eliminar como reproducir la desigualdad que afecta a las mujeres. Se trata de imaginar y diseñar ciudades, pueblos, espacios públicos, edificios y viviendas, siendo conscientes de esta discriminación y actuar para no reproducirla. Por ejemplo, en el diseño de viviendas que permitan una división del trabajo compartido por igual o en el diseño del espacio público considerando la violencia que las mujeres experimentan en la ciudad.

Desde el urbanismo, la proximidad y distribución de los equipamientos adquiere gran importancia, posibilitando la vida cotidiana con corresponsabilidad y sin segregación por sexo, con una distribución del uso del tiempo sano y compatible con las tareas de los *cuidados*, trabajo y socialización. También implica recuperar los espacios públicos y parques como lugares de encuentro, recreación y convivencia, contemplando en ellos un diseño, actividades y usos que generen centralidad y atractivo. Todo

ello supone establecer una nueva jerarquía de valores en la que la reproducción social ocupa un lugar central.

En la esfera personal, si pensamos en cuáles son las condiciones necesarias para que no exista discriminación, comenzarán a caerse ideas, prejuicios, sesgos y tabúes. Poco a poco nos desprenderemos de creencias que nos limitan y oprimen. Desde allí es posible imaginar una forma de habitar en la que la reproducción de la vida constituya el centro gravitacional de todo orden espacial y de toda lógica de desarrollo.

No nos dejemos engañar, no se trata de una lucha individual sino colectiva. Participamos en la vida pública como resultado de una larga lucha de otras mujeres que lo han hecho posible. Estamos en un lugar de privilegio respecto a otras mujeres que no han podido o no podrán llegar donde hoy estamos. Venimos de una historia y se trata de hacernos parte de ella, tomar su fuerza, el relevo generacional y seguir avanzando.

“Feminismo para cambiarlo todo” decía un grafiti en Barcelona; y me quedó dando vueltas la palabra “todo”... y sí, para “todo”, desde la cuestión espacial, los análisis y propuestas. Para ello es necesario reconocer la discriminación y actuar contra ella: producir datos, visibilizar a las mujeres e incorporar nuestras necesidades en un contexto de discriminación estructural, acoso callejero y violencia. Que todo ello esté presente en cada acción y nos permitan aportar, desde cada espacio, a cambiarlo todo.

Nota

Consulta los monográficos dedicados al enfoque de género en Crítica Urbana.

Crítica Urbana 11. *Mujeres y Ciudad* (2020)

Crítica Urbana 17. *Ciudades para los cuidados* (2021)

Crítica Urbana 23. *Urbanismo Feminista* (2022)

URBANISMO FEMINISTA ANTE EL AVANCE DE LA OLA CONSERVADORA

BLANCA VALDIVIA

Hace más de cuarenta años, autoras feministas comenzaron a plantear que el género es una variable determinante en el uso de los espacios y que, además, la propia configuración de la ciudad está atravesada por una mirada androcéntrica.

Desde entonces, el urbanismo feminista ha ido consolidando un amplio repertorio teórico y metodológico desarrollado desde distintas disciplinas –como la geografía, la arquitectura o la sociología– y desde múltiples ámbitos, que incluyen la academia, las entidades sociales, los movimientos feministas e incluso algunas instituciones.

Experiencia y conocimiento colectivo y acumulado

Sin embargo, a pesar de esta extensa genealogía y de la proliferación en los últimos años de jornadas, publicaciones y artículos divulgativos, la incorporación del feminismo en la planificación urbana sigue percibiéndose como un enfoque novedoso, marginal o excepcional: una etiqueta asociada a intervenciones puntuales, más que una mirada holística y transversal capaz de repensar de manera estructural los espacios públicos, comunitarios y domésticos. Esta consideración se traduce, además, en una presencia superficial en la formación reglada y anecdótica en la práctica profesional.

¿Es aún necesario el urbanismo feminista?

En este contexto, cabe preguntarse si realmente es necesario seguir incorporando hoy en día un enfoque feminista en el urbanismo. Para responder a esta cuestión, podemos partir de dos hechos constatables. En primer lugar, el urbanismo no es neutro: se trata de una disciplina que refleja los valores hegemónicos de un sistema capitalista, patriarcal y colonial.

De hecho, con frecuencia, decisiones profundamente políticas se presentan como meramente técnicas, cuando en realidad se adoptan desde un sistema de valores que prioriza a determinados sujetos frente a otros y que ha situado en el espacio ciertas experiencias, necesidades, cuerpos y percepciones, relegando otras.

El segundo hecho es que, a pesar de los avances sociales y feministas del último siglo, las mujeres continúan enfrentándose a desigualdades estructurales. Continúan sufriendo violencia machista, siguen asumiendo mayoritariamente los trabajos de cuidados y, además, se encuentran,



Taller participativo. Málaga, 2016. Fuente: Col·lectiu Punt 6

en términos generales, en una situación de mayor precariedad económica. Estas desigualdades no solo atraviesan las distintas esferas de la vida social, sino que también se materializan de forma concreta en el territorio y en la organización de los espacios.

Precisamente, la persistencia de estas desigualdades en todas las esferas de la vida de las mujeres, y cómo se materializan en injusticias territoriales, constituye una razón de peso para justificar la incorporación de una perspectiva feminista en el urbanismo. No es un tema aislado dentro de la planificación urbana, sino un enfoque que permite adoptar una mirada crítica para identificar cómo las relaciones de género y los roles asignados socialmente se traducen en desigualdades espaciales, y que, a partir de ello, posibilite el desarrollo de propuestas orientadas a la construcción de entornos más justos socialmente. Entre sus principales aportaciones, el urbanismo feminista ha contribuido a visibilizar la organización territorial de los cuidados; a situar la percepción de seguridad y las violencias machistas en

el foco de los debates sobre seguridad urbana; y a evidenciar las diferencias, en los patrones de movilidad y en los usos de los espacios públicos y los equipamientos entre mujeres y hombres, así como sus causas. Asimismo, ha desarrollado metodologías propias analíticas y propositivas, entre las que destacan las marchas exploratorias, las cadenas de itinerarios o las redes de espacios cotidianos.

Defender una perspectiva feminista es hoy más importante que nunca. Tras un periodo de gran visibilidad impulsado por el auge del movimiento feminista durante la década de 2010, tanto en el Estado español como en América Latina, se consiguió que ciertas demandas permeasen la agenda pública. No obstante, en la actualidad nos encontramos en un contexto de retroceso en derechos y libertades, en el que consensos sociales básicos –como la defensa de los derechos de las personas migrantes, las mujeres o las personas LGTBI– están siendo crecientemente cuestionados. En este escenario, resulta imprescindible seguir perfilando y sosteniendo espacios de

disputa, evidenciando las desigualdades persistentes y concretando cuáles son las condiciones materiales necesarias para la transformación social. Tal como señala Fraser (2000), no basta con la visibilización o el reconocimiento simbólico: la justicia social y la transformación estructural requieren, necesariamente, de una redistribución material.

Por todo ello, hoy más que nunca, el urbanismo feminista se erige como una trinchera desde la que defender la justicia social y territorial. Se trata de un urbanismo que va más allá de la piedra y la materia construida y que incorpora aspectos de gestión y de programa. Que aborda ámbitos diversos como la vivienda, el espacio público, los equipamientos, las infraestructuras de cuidados, la planificación territorial o la movilidad.

Propuestas del urbanismo feminista

Desde esta mirada, la vivienda se reivindica como una infraestructura esencial: un espacio en el que no solo se desarrollan actividades básicas –como el descanso, la alimentación o el cuidado físico y emocional propio y de las personas con quienes se convive–, sino también un nodo que posibilita el acceso a otros derechos fundamentales, como el empadronamiento, la salud o la educación. Al

mismo tiempo, este enfoque denuncia que las mujeres, especialmente aquellas que son cabeza de familias monomarentales, migradas o mayores, enfrentan mayores dificultades para acceder a una vivienda digna o para mantenerla, y sufren con mayor intensidad los desahucios y la pobreza energética.

Un urbanismo feminista, que, además, prioriza la posibilidad de habitar el espacio público desde la diversidad de usos y actividades: pasear, conversar con las vecinas, cuidar, bailar, jugar, practicar deporte, tomar el sol o hacer una asamblea, sin necesidad de que estén mediadas por el intercambio económico y el consumo. Reivindicando espacios dotados de elementos urbanos que acompañen estas prácticas –bancos, baños públicos, fuentes, vegetación, mesas, áreas de juego o pistas de baile–.

Una planificación que promueve que las personas puedan desplazarse a pie, en bicicleta o mediante transporte público, entendiendo la movilidad como una red interconectada en la que los distintos medios de transporte se articulan entre sí y con los recorridos peatonales. Desde esta perspectiva, no se trata únicamente de garantizar el acceso a los puestos de trabajo –tradicionalmen-

Recorrido Jane Jacobs Barcelona 2017. Fuente: Col·lectiu Punt 6.



te el objetivo central del diseño de las redes de movilidad–, sino también de asegurar la llegada a los equipamientos que sostienen la vida cotidiana, como escuelas, hospitales, centros de salud o espacios culturales. Para hacerlo posible, la red de transporte público debe ser accesible tanto física como económicamente, contar con espacios de espera seguros y protegidos frente a las inclemencias climáticas, ofrecer información comprensible en formatos analógicos y digitales, y contemplar la diversidad de cuerpos y capacidades.

Un modelo territorial basado en una distribución equitativa de los equipamientos y de las infraestructuras de cuidados, en el que ni los ingresos, ni la edad, ni la situación administrativa, ni las responsabilidades de cuidados, ni el barrio de residencia supongan un obstáculo para acceder a la educación, la cultura, los servicios públicos de cuidados o la sanidad.

En definitiva, un cambio de paradigma urbano que transite de la ciudad capitalista, colonial y patriarcal que homogeniza sujetos y prioriza el beneficio económico de unos pocos, a una ciudad cuidadora que te cuida; cuida del ecosistema; te permite cuidarte; y te permite cuidar a otras personas. Que se concreta en criterios materiales

para poner la vida en el centro de las decisiones urbanas: proximidad, agencia, accesibilidad, continuidad, corresponsabilidad, conciliación, habitabilidad y autonomía.

No hay justicia sin redistribución

En un contexto marcado por el resurgimiento y la normalización de discursos fascistas, machistas y racistas –amplificados de forma constante por plataformas mediáticas y digitales–, no cabe la ambigüedad ni la equidistancia. No es tiempo de tibiezas. Es momento de sostener, con firmeza y convicción, un urbanismo feminista que sitúe la vida en el centro y coloque a las personas, en su diversidad, como prioridad indiscutible de la planificación urbana.

Hablar de urbanismo feminista no implica únicamente incorporar la perspectiva de género como una capa superficial sobre políticas ya existentes. Supone cuestionar las bases materiales y simbólicas que han configurado históricamente nuestras ciudades: quién las diseña, para quién se diseñan y qué vidas se sostienen y protegen. Implica reconocer que el espacio urbano no es neutro, sino que reproduce y consolida desigualdades de género, clase, origen, edad y capacidad.

Mapa comunitario Málaga 2016. Fuente: Col·lectiu Punt 6



Sin justicia social no hay ciudad feminista posible. Y no hay justicia sin redistribución material. Incorporar una perspectiva feminista basada en la justicia social significa asumir que para que más personas puedan acceder a una vida digna en la ciudad, otras deberán renunciar a parte de los privilegios históricamente acumulados. Estos privilegios no son solo ventajas individuales; son beneficios estructurales que se traducen en un acceso desigual a recursos, tiempo, seguridad, poder y derechos. Se manifiestan en la concentración de la propiedad, en la apropiación del espacio público, en la movilidad diseñada para unos pocos y en la invisibilización de las condiciones materiales para cuidar.

Una ciudad feminista propone un cambio profundo de paradigma. El bienestar no puede depender de la posición que se ocupa en la jerarquía social, ni del acceso a la propiedad privada, ni del

monopolio de la violencia. Debe asentarse en un buen vivir colectivo: en redes de cuidados sólidas, en espacios seguros y accesibles, en viviendas dignas y en una relación respetuosa y sostenible con el entorno natural.

Se trata, en definitiva, de disputar el sentido mismo de lo urbano. De pasar de ciudades organizadas en torno a la acumulación, el autoritarismo y la individualidad a ciudades pensadas para sostener la vida en todas sus etapas y condiciones. Defender un urbanismo feminista es apostar por un horizonte libre de violencias, que reconozca nuestra interdependencia y ecoddependencia. Es comprender que la transformación urbana no es un asunto técnico, sino profundamente político. Y que solo a través de una redistribución justa de recursos, poder y tiempo podremos construir ciudades verdaderamente habitables para todas las personas.

NOTA SOBRE LA AUTORA

Blanca Valdivia es socióloga y doctora en Gestión y Valoración Urbana y Arquitectónica por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, con la tesis *Ciudad Cuidadora: calidad de vida urbana desde una perspectiva feminista*. Es socia fundadora de la cooperativa Col·lectiu Punt 6 que trabaja incorporando una perspectiva feminista al ámbito del urbanismo. Ha sido investigadora Juan de la Cierva en la Universitat Autònoma de Barcelona, donde ha trabajado sobre las condiciones urbanas de los centros de cuidados de larga duración. Actualmente da clases en el departamento de sociología de la UAB. Su investigación se centra en los cuidados en la ciudad, las infraestructuras de cuidados, y los entornos para el envejecimiento. Es parte del equipo de asesores y colaboradores de Crítica Urbana.

BEYOND THE FAKES.

FROM PLACEFAKING TO GENDERIFICATION

NOURHAN BASSAM

After fourteen years working as an architect and urban designer, I find myself increasingly reflecting on the gap between terminology and practice. Many of today's dominant narratives around placemaking & feminist urbanism feel glossy, carefully curated to make consulting firms appear progressive and designers sound inclusive, while leaving existing power structures largely untouched.

In recent years, feminist urbanism has become one of the most celebrated and circulated frameworks within urban design and planning. It appears in policy reports, consultancy decks, conference panels, academic journals, webinars, and online discussions, and perhaps most visibly across social media platforms. The language is inviting, hopeful, and progressive. Words like women, community, participation, care, and safety are repeatedly invoked, often presented as a recipe for more just and inclusive cities.

Including Women Or Redistributing Power?

Yet, at *The Gendered City*, we have consistently highlighted through our work on feminist placemaking that the growing visibility of feminist language does not automatically translate into feminist practice. Too often, women's experiences are reduced to stories told on panels, quotes in reports, or short interventions in webinars, visible but contained. Storytelling becomes a form of symbolic inclusion, a kind of urban "magic"

"Add Women and Stir" that makes projects appear progressive without fundamentally shifting how power, resources, or decision-making are distributed.

When Placemaking Becomes Placefaking

Placemaking was never meant to be a branding exercise. It is about people shaping the spaces they inhabit. Yet somewhere along the way, participation has been reduced to workshops with predetermined outcomes, sticky notes on walls, and short-term "engagement moments" that check boxes rather than redistribute power.

Women, in particular, are often added to these processes rather than centered within them. Their presence becomes symbolic: a quote in a report, a photograph in a presentation, an invitation to speak on a panel. Visibility replaces agency, and representation stands in for real influence.

At *The Gendered City* book and in my work, I have been developing frameworks that



Contextual Feminist Auditing of the Feminist Placemaking Program.
Pictures by The Gendered City taken by Mara Artega



challenge this superficial inclusion. One of these is *Genderfication*®, a concept that reframes gender not as an added layer in so-called “gender-sensitive design,” but as a structural force that shapes space, power, access, and value. Genderfication exposes how urban processes often instrumentalize women’s presence while continuing to reproduce exclusionary systems.

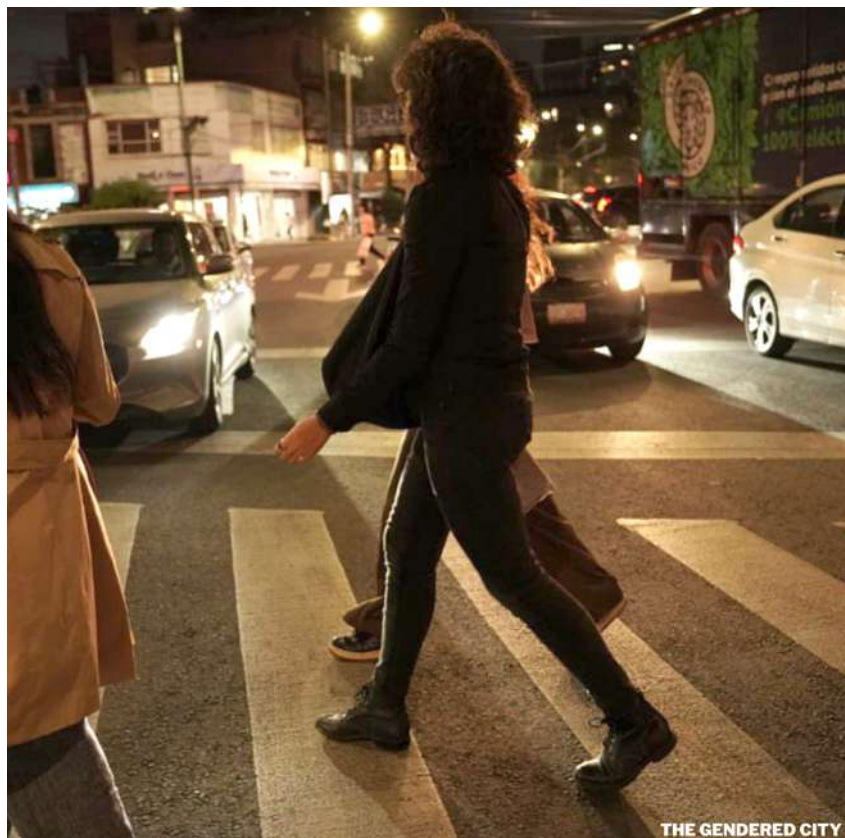
Rather than asking how to add gender to design, these frameworks ask how gender already operates within planning, policy, and placemaking, and who benefits from it. This shift moves the conversation away from symbolic participation and toward systemic change.

I have been using *Genderfication*® as a critical detector for urban development, moving past the aesthetic of inclusion to audit the actual distribution of power and resources. An assessment framework based on this concept distinguishes between *Transformative Systemic Change* and *Tokenistic Outputs*.

The Assessment Framework: Systems vs. Symbols

A *Genderfication*® audit evaluates urban projects by looking at the “invisible” infrastructure of policy, finance, and long-term agency.

Metric	Tokenistic Outputs ("Faked" Change)	Transformative Systemic Change (Genderfication®)
Participation	One-off "women's workshops" where feedback is collected but not reflected in the final budget.	Radical Participation: Community members have veto power and are involved from data gathering to scaling.
Infrastructure	Installing a single "pink" bench or a mural of a famous woman without changing the street layout.	Care Infrastructure: Widening sidewalks for strollers, removing physical barriers, and installing community-managed care stations.
Safety	Increasing CCTV and high-intensity "white" floodlights that create glare and blind spots.	Nocturnal Equity: Using shielded, warm-spectrum lighting that facilitates facial recognition and respects biodiversity.
Mobility	A transit map that only optimizes the 9-to-5 commute to the central business district.	Trip-Chaining Optimization: Planning transit routes and frequencies based on the complex, multi-stop patterns of care work.



Feminist Night Mapping Walk. Pictures by The Gendered City taken by Mara Artega

Assessing Systemic Change: Three Critical Pillars

To evaluate whether a project is truly dismantling exclusionary systems, the Genderfication© framework's structural questions:

1. The Power Pivot: Who holds the "Mapping Power"?

- **The Token:** Experts use a gender lens to "study" a neighborhood and then leave.
- **The Systemic:** The Street Scanner tools are placed in the hands of the community. Systemic change is achieved when the "expert" role shifts from designer to facilitator of local knowledge.

2. The Economic Lens: Who reaps the value?

- **The Token:** Women's presence is used to "soften" a neighborhood's image to attract high-end developers (instrumentalization).
- **The Systemic:** The framework assesses if "Feminist Infrastructures" like social seating and shared kitchens are protected from privatization. It asks: Does this design increase the right to stay, or does it just increase the property value for others?

3. The Temporal Dimension: Beyond the "Launch"

- **The Token:** A project is considered "finished" once the ribbon is cut.
- **The Systemic:** The presence of Feedback Loops. Systemic change is evidenced by a permanent mechanism where the "Assessing" stage leads back to "Data Gathering," ensuring the space evolves with the shifting intersections of the community.

Detecting the "Fake": Red Flags of Tokenism

- **Symbolic Representation Only:** Street names are changed, but the street itself remains inaccessible to wheelchairs and strollers.
- **Safety as Surveillance:** Safety is framed as "policing" rather than "belonging" and "social visibility".
- **Gender-Neutral Language:** Policies that use "all citizens" to hide the specific, disproportionate burdens placed on women and marginalized bodies.

From Participation to Co-Creation, and Beyond

Much of our recent work at The Gendered City has focused on understanding how to or not



Mapping in Amsterdam. Pictures by The Gendered City.

to approach communities. This may sound counterintuitive, but it has become one of the most important lessons I now teach. Knowing how to avoid extractive practices, performative participation, and rushed “co-creation” processes is essential if we want to move beyond shallow engagement.

True co-creation requires time, trust, and a willingness to let go of control. It means accepting uncertainty and resisting the urge to translate lived experience into neat diagrams too quickly. It also means acknowledging that not all knowledge fits into design frameworks, and that this is not a weakness, but a strength.

These questions become even more urgent in times of crisis, whether climate, housing, economic, or political. Crises expose the fragility of our urban systems and the unequal burden carried by women and marginalized communities. Yet they also open space for rethinking priorities:

care over efficiency, access over aesthetics, survival over spectacle.

Feminist placemaking, when practiced seriously, offers tools to navigate these moments. It asks us to design not just for women, but with them and to recognize care, safety, mobility, and everyday life as central urban infrastructures.

From Design to Practice

Moving from design to practice means resisting the temptation of catchy slogans and instead committing to long-term, grounded work. It means shifting from asking, “How do we include women?” to “How do we change systems so women no longer need to ask for inclusion?”

Placemaking should not be about making cities look better; it should be about making them fairer. And that requires more than good language. It requires courage, accountability, and a deep respect for the people who already know their cities best.

AUTHORED BY NOURHAN BASSAM

Dr. Nourhan Bassam is the first-ever feminist urbanist, architect, and Assistant Professor of Feminist Spatial Design and Theory. Author of *The Gendered City* and *Women After Dark*, she is the founder and CEO of The Gendered City, an urban design firm based in Amsterdam and Milan, focusing on design, research, and advocacy to advance feminist urbanism, gender equity and social justice in urban environments.

MUJERES SINGULARES EN LA CIUDAD

YOLANDA PÉREZ SÁNCHEZ

En 1927, Virginia Woolf necesitaba una excusa para salir a caminar por la ciudad: “Realmente, debo comprar un lápiz”, escribía en su ensayo Street Haunting: A London Adventure. Por supuesto, el lápiz es la parte por el todo. Lo que Virginia adquiría en su street haunting –o “ruta callejera” como se tradujo al español–, era la experiencia de fundirse con la multitud y dejarse atravesar por lo que el recorrido le deparase.

Su obra literaria y ensayística transmite la importancia del espacio para su trabajo creativo. Tan necesaria es la intimidad de una habitación propia como la apertura del espacio público, donde podía vislumbrar momentos de vida ajenos y percibir ambientes que ampliaban los interiores a los que la mujer de clase media alta se había visto históricamente recluida. Un lugar donde expresar la identidad, y otro donde disolverla. Estos paseos la liberaban de sí misma y de su rol social, como para el personaje de Elizabeth en *La señora Dalloway*, sus deambulaciones londinenses son breves huidas: “Escapar es el mayor de los placeres; rondar las calles en invierno, la mayor de las aventuras”, afirmaba Virginia.

Street haunting parece otro modo de referirse a la *flânerie* que Baudelaire asoció a la mirada del artista paseante que busca capturar la esencia huida de la modernidad entre la multitud. Y, ciertamente, el callejeo que permite una metrópoli como París o Londres es la clave en ambos casos. Pero el planteamiento de Woolf es casi la contra-

partida de una práctica de la que se había privado a las mujeres tanto por una cuestión moral como intelectual, ya que la mujer no entendía la *flânerie* más que para detenerse ante los sombreros de los escaparates, afirmaba Louis Huart en *Physiologie du flâneur* (1841). De hecho, los grandes almacenes y pasajes comerciales ofrecieron el principal pretexto social para que las mujeres comenzasen a caminar por la ciudad sin ser estigmatizadas: el consumo les estaba permitido. Casi un siglo después, Virginia se autoriza a cruzar Londres porque “debe” salir a comprar un lápiz, instrumento de su liberación en un sentido amplio, pues esta necesidad un tanto forzada le permite huir de sí misma y recorrer un espacio público que, transformado por su mirada, reactivará en su escritura. Woolf, como el artista *flâneur*, se nutre de su deambular por las calles metropolitanas. Sin embargo, es significativo que en su ensayo no utilice *hunting* (caza) que encajaría con la actitud de búsqueda activa del *flâneur*, sino *haunting* (de difícil traducción literal en español, sugiere una presencia que habita o ronda un espacio) que se adecuaba mejor



Sari Gustafsson, *Woman walking down the stairs in a street in Paris* (1982).
Fuente: Finnish Heritage Agency / Europeana (CC BY 4.0).

a su forma de moverse en la ciudad: una figura que se desliza entre “peatones anónimos”, como la presencia fantasmal que evoca el término. La clave de la experiencia urbana de Woolf reside en la sutileza del matiz que separa su paseo de la *flânerie* baudeleriana. Mientras el paseante masculino era satirizado en su época por prestar a las mujeres una atención que superaba cualquier otro atractivo visual callejero, Woolf es un “ojo enorme”, pura observación sin cuerpo deseante. Como dijo Walter Benjamin, el *flâneur* investiga, como un detective o un botánico del asfalto; esta distancia es ajena al *street haunting* de Woolf que, por unos instantes, le permite sentir el desanclaje de su mente para disolverse “en los cuerpos y mentes de otras personas”.

Curiosamente, si las galerías comerciales del siglo XIX proporcionan una excusa a las mujeres para caminar la ciudad, a principios del siglo XX la publicidad de las empresas fotográficas populariza la imagen de una mujer moderna que registra con su cámara su entorno. El hecho de que la fotografía se considerase adecuada para las mujeres permitirá que desde muy pronto haya fotógrafas que actúan como verdaderas *flâneuses* –término que comienza a emplearse a finales del siglo XX, cuando la crítica feminista cuestiona la primacía de la mirada masculina–, cronistas visuales de las diferentes realidades urbanas. Así, mientras Woolf recorría como un “enorme ojo” el Londres de entreguerras, Berenice Abbott, Lisette Model o Helen Levitt paseaban sus cámaras-ojo por Nueva York. La metrópoli, ámbito natural de la *flânerie*, también lo será de la fotografía de calle, como advirtió Susan Sontag al definir al fotógrafo como una versión armada del paseante solitario. La cámara permitió a las mujeres adueñarse de las calles y, de todas ellas, la que más se aproximó al *street haunting* fue Vivian Maier. Mientras trabajaba como niñera, Vivian hizo miles de fotografías callejeras en Nueva York y Chicago entre los años 50 y 90, manteniendo su obra en el ámbito privado hasta que fue descubierta en 2007. De sus imágenes impacta tanto la precisión de su mirada, que se traduce en la belleza y la frescura de algunas composiciones, como lo que podemos intuir detrás de ellas: su deambular solitario y la determinación de crear un paisaje urbano propio entre los múltiples ángulos posibles. Ocasionalmente, Vivian se retrata reflejada en escaparates o espejos, donde podemos atisbar en su expresión severa la personalidad algo excéntrica y huraña que refieren quienes la conocieron. En ellas aparece con la

Rolleiflex a la altura de la cintura, mostrando el objeto que le permitió apropiarse, a su modo, de su entorno. Al contrario que célebres fotógrafas de calle de su tiempo como Vivian Cherry, Diane Arbus o Ruth Orkin, Maier tuvo una relación íntima con la ciudad que nunca mostró a nadie. Vivian se asomó a la vida metropolitana como esa presencia woolfiana que podía disolverse en otras personas. Puede que en uno de esos días en los que paseaba por Nueva York, antes de irse a Chicago en 1956, se cruzase con una estudiante universitaria con la que compartía nombre y que, como ella, encontraría en sus calles el núcleo de su obra y de su vida: **Vivian Gornick**.

Gornick es una escritora neoyorquina sagaz y, a veces, implacable, como refleja su trilogía *Apegos feroces*, *Mirarse de frente* y *La mujer singular y la ciudad*. Si el primero narra la relación con su madre, y el segundo profundiza en otras formas de intimidad, este último desarrolla la relación más gratificante y duradera de esta autora fundamental de la segunda ola feminista: la que mantiene con su ciudad, Nueva York.

No es casual que *La mujer singular y la ciudad* recurra a la convicción de Baudelaire de que el artista moderno tenía la obligación de extraer de la calle todos los estímulos que esta ofrece. Su autora hace exactamente eso: pasear por las calles para nutrir su literatura pero, sobre todo, para confortarse con su energía y disipar la soledad. Gornick ejemplifica eso tan buscado desde las vanguardias: la unión entre arte y vida. No hay distancia entre la mujer que encuentra alivio vital en sus recorridos –con los ojos y los oídos bien abiertos, pegada a la realidad casi hasta los límites del civismo–, y la escritora que presenta el material recogido como una experimentada antropóloga urbana, alguien que ha afinado la mirada abandonando la necesidad de etiquetar y clasificar, para volver al asombro y a la familiaridad del lugar. En su narración, Nueva York surge como un mosaico vivo que nunca se acaba. *La mujer singular y la ciudad* no sería posible sin todas las anécdotas captadas, más o menos fugazmente, en el rico conglomerado de vidas y encuentros que alberga una gran ciudad. Vivian lo sabe, y su agradecimiento por tener el privilegio de asomarse a tantos y tan variados momentos robados, no siempre amables, que revela como si fuera una fotógrafa callejera, surge en numerosas ocasiones a lo largo del libro. Ella también necesita recorrer las aceras, pero no con un objetivo extraordinario, sino como una ciudadana que se recrea en su deriva debordiana, durante la cual todo tipo de situaciones pueden salir a su

encuentro. Son su escucha y su mirada atentas las que le permiten aislar las escenas que recopila en sus paseos, con una agudeza que en ocasiones recuerda a Virginia Woolf, una de sus autoras de referencia.

Gornick se define como una “mujer singular”, título de la novela de George Gissing, *The Odd Women* (1893), en la que redefine a la mujer “impar” de la era victoriana como una figura que defiende su autonomía, lo que en tiempos de Woolf sería tener una atípica “sensibilidad feminista”. Esta sensibilidad es el cristal a través del cual observamos el Nueva York de Vivian, que no es más que un reflejo de sí misma. Su mirada –y aquí se distingue tanto de la *flânerie* como del *street haunting*– no es la del investigador, ni la de un ojo sin cuerpo. En ella no hay distancia ni fusión momentánea, solo una inmersión continua y activa, una relación simbiótica que vive y narra desde la especificidad ineludible de la autora. La ciudad le permite reconocerse, cultivar sus amistades

peripatéticas, y reflexionar sobre el pasado que asoma en sus recodos, pero también es el lugar donde bullen vidas que no le son ajenas: “Repaso mentalmente a todos los que se han cruzado hoy en mi camino. Oigo sus voces, veo sus gestos, empiezo a inventar vidas para ellos. Enseguida me acompañan, son una compañía magnífica”. Gornick expresa la potencialidad plena de las calles para una autora que no necesita excusas para deambular y que reflexiona desde una realidad que ya no es la de Virginia o de la Maier. *La mujer singular y la ciudad* revela un nuevo sentido de pertenencia, el de una escritora que se narra a sí misma a través de sus cartografías emocionales y su interacción con una multitud de la que no se diferencia: “la naturaleza de la multitud es perdurable. Nueva York me pertenece tanto como a ellos, pero no más. Todos estamos aquí, en la Quinta Avenida, por la misma razón y en virtud de los mismos derechos. Todos hemos recorrido las calles de las capitales del mundo eternamente:

Berenice Abbott, *Herald Square, 34th and Broadway* (1936). Colección Changing New York. Fuente: The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Photography Collection, The New York Public Library.



actores, oficinistas, disidentes, fugitivos, ilegales; gais de Nebraska, intelectuales polacos, mujeres al límite del tiempo. La mitad de estas personas se perderá en el oropel –y el crimen desaparecerá en Wall Street, se esconderá en Queens–, pero la otra mitad se convertirá en mí: pasará por la ciudad y alimentará el flujo interminable de multitudes interminables que, sin duda, dejarán huella en la creatividad de alguien”.

Y, sin embargo, esa pertenencia a la que se refiere Gornick no ha sido históricamente simétrica. La multitud puede aparecer como un territorio común, pero el derecho a confundirse en ella no lo fue. La presencia femenina en el espacio público ha estado atravesada por límites explícitos y negociaciones silenciosas. Que hoy una mujer camine sola, observe, escriba o fotografíe sin justificar su presencia es el resultado de una conquista histórica. Como han mostrado tantas flâneuses, el espacio público nunca ha sido neutro: es un paisaje físico y simbólico en constante reescritura, cuyo diseño, uso, interpretación y cuidado deben responder a las múltiples miradas que lo recorren y lo habitan.

Para mayor información:

- Baudelaire, C. (2013). *El pintor de la vida moderna*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (2012). *El París de Baudelaire*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Elkin, L. (2017). *Flâneuse: una paseante en París, Nueva York, Tokio, Venecia y Londres*. Barcelona: Malpaso.
- Iglesia, A. M. (2019). *La revolución de las flâneuses*. Barcelona: WunderKammer.
- Maloof, J. (ed.) (2011). *Vivian Maier: Street Photographer*. Prólogo de Geoff Dyer. Brooklyn: powerHouse Books.
- Parsons, D. L. (2000). *Streetwalking the Metropolis: Women, the City and Modernity*. Oxford: Oxford University Press.
- Wolff, J. (1985). “The Invisible Flâneuse: Women and the Literature of Modernity.” *Theory, Culture & Society*, 2(3).

NOTA SOBRE LA AUTORA

Yolanda Pérez Sánchez es profesora de Historia del Arte en la Universidad de Coruña. Investiga las relaciones entre cultura visual, arquitectura y paisaje, con especial atención al espacio filmico y a los modos en que el cine construye y resignifica el territorio a través del caminar.

VIVIENDA FEMINISTA PARA CONSTRUIR ESPACIOS DE VIDA

ROSER CASANOVAS

Los espacios donde desarrollamos nuestras vidas no son neutros, están contruidos desde una perspectiva androcéntrica y capitalista y reproducen, legitiman y perpetúan desigualdades y relaciones de poder que son estructurales. La vivienda es un espacio indispensable en el que desarrollamos una gran parte de nuestras actividades cotidianas, es refugio y espacio de socialización y cuidados, y la puerta de acceso para muchos derechos como la educación o la salud.

Sin embargo, sabemos que la vivienda no está garantizada para todas las personas, y que, además, no todas las viviendas en nuestra vida cotidiana aseguran unas condiciones mínimas para ser saludables, seguras y accesibles. Tanto las dificultades en el acceso, como la falta de condiciones materiales afectan de manera diferencial a mujeres y a hombres.

Nos encontramos ante una crisis residencial estructural permanente con un incremento exponencial del precio de las viviendas de alquiler y de venta, un parque público insuficiente y algunas estrategias poco flexibles para abordar la diversidad de necesidades vinculadas a la vida de las

personas. Estas dinámicas económicas que priorizan el beneficio económico y la acumulación de capital, han hecho que la vivienda se convierta en un bien especulativo y han expulsado a las personas vecinas de sus barrios, poniendo en riesgo su vida cotidiana, erosionando las redes vecinales y la vida comunitaria construidas a lo largo del tiempo.

Por eso, es necesaria una aproximación desde una perspectiva feminista interseccional que analice estas desigualdades y proponga transformaciones de nuestros entornos para garantizar el derecho a una vida digna para todas las personas, y en particular para las mujeres e identidades disidentes que han estado históricamente excluidas e invisibilizadas.

Problemáticas de vivienda que afectan diferencialmente a las mujeres e identidades disidentes

El género es una variable imprescindible que condiciona tanto el acceso como el uso y el mantenimiento de la vivienda. Existe una brecha salarial importante entre mujeres y hombres: una menor tasa de ocupación y mayor número de contratos temporales, reducción de jornada laboral y precariedad en las condiciones laborales por los tipos de trabajos que desarrollamos las mujeres, son algunos de los elementos que contribuyen al incremento de la feminización de la pobreza. Si añadimos que los datos también nos siguen mostrando que las mujeres son las responsables de cuidar a personas dependientes mayores y enfermas; y si, además, cruzamos el género con otras variables como la edad, el origen, la diversidad funcional o las responsabilidades familiares, las dificultades se agravan todavía más.

Además de las bajas posibilidades que tenemos las mujeres para acceder a una vivienda, también tenemos que tener en cuenta cómo son los espacios de nuestras viviendas y qué roles están perpetuando.

El tipo de viviendas que se han producido durante las últimas décadas ha variado muy poco a pesar de la heterogeneidad de situaciones y de

las unidades familiares actuales. Se han dado por obvias e inamovibles ciertas características, como por ejemplo la distribución en espacios cerrados y poco visibles de algunas tareas domésticas (lavadero, cocina, guardados diversos...). Esto ha hecho repetir estructuras jerárquicas y rígidas de la familia nuclear patriarcal que quedan reflejadas, entre otras, en la nula consideración que tiene el trabajo de cuidados y sus necesidades. “La casa” ha sido utilizada como espacio de perpetuación de la división sexual del trabajo, asignando a las mujeres la responsabilidad de realizar cotidianamente una serie de tareas domésticas dentro de la casa, necesarias para que el trabajo productivo fuera de casa pueda desarrollarse. Las viviendas no se adaptan a las necesidades de las personas usuarias en cuanto a la accesibilidad, los cuidados de las personas dependientes, los ciclos de la vida, la corresponsabilidad y la colectivización de las tareas reproductivas. Y si analizamos cómo son los espacios de un edificio compartidos por la comunidad de vecinos y vecinas cuando son pequeñas las escaleras y, con suerte, hay algún ascensor para permitir la accesibilidad física, vemos que no contribuyen al encuentro entre vecinas sino al individualismo.

Además, para muchas mujeres el hogar no es un espacio seguro sino de abuso y violencia; por eso, es necesario repensar modelos de vivienda donde la sostenibilidad de todas las vidas posibles sea

Taller del proyecto Comunidades Ecofeministas de Vivienda. Foto: Col·lectiu Punt 6.



prioritaria y se den las condiciones materiales para poder cuidar a otras personas y autocuidarnos. El acceso a una vivienda segura sigue siendo un reto para las mujeres y disidencias.

No solo es necesario un análisis de las problemáticas, sino que necesitamos transformar las políticas de vivienda con una perspectiva feminista interseccional

Las políticas públicas de vivienda no incorporan una perspectiva feminista con una mirada amplia que atienda a las diferentes necesidades y problemáticas. No es suficiente con cambiar solo las políticas de vivienda, ya que hay que abordar también otros ámbitos para mejorar las condiciones de vida de las mujeres y disidencias.

Por ello, desde el urbanismo feminista -a través de las comunidades, entidades y personas que trabajan desde diferentes ámbitos para garantizar el derecho a la vivienda para las mujeres- proponemos construir estrategias que nos permitan transformar el acceso, el uso, la gestión, el diseño y el mantenimiento para no dejar a nadie fuera.

Estas estrategias abren líneas de trabajo que impactan desde diferentes políticas públicas hasta diferentes formas de la acción comunitaria; como, por ejemplo,

- entender el feminismo interseccional como una reflexión constante donde interaccionan más ejes de lucha además del género y entender las prácticas feministas cotidianas más allá de la teoría;
- garantizar una vida digna para todes a través de potenciar espacios propios y libres de violencias;
- fomentar la corresponsabilidad de los cuidados a través de romper con la dicotomía público-privado y familia-estado en la resolución de los cuidados propios y hacia las demás;
- promover comunidades de vivienda inspiradoras y que generen alternativas;
- fomentar mecanismos para garantizar la autonomía económica de las mujeres y otras identidades;
- incidir en los programas y las normativas que afectan la construcción de vivienda;
- aplicar criterios de diseño en los espacios de las viviendas y su entorno; y
- apoyar a la organización comunitaria horizontal y flexible fomentando la autoorganización y la toma de decisiones de forma colectiva.

Estas estrategias, sobre todo, potencian la construcción de vínculos y afectos desde otro lugar para poder construir una organización social diferente que nos permita romper con la dicotomía público-privado y con las desigualdades estructurales del sistema actual que no puede garantizar una vivienda digna para todas las personas.

Necesitamos referentes de otras formas de vincularnos y vivir en comunidad para cambiar los imaginarios de nuestra sociedad

Uno de los aspectos que creemos más relevante desde el urbanismo feminista es que para transformar nuestra realidad hacen falta más proyectos piloto y comunidades que sean referentes y puedan ayudar a construir nuevos imaginarios posibles.

La historia ha tenido muchos ejemplos de resistencia en torno a formas de vida y de acceso a la vivienda más corresponsables y no especulativas que se han invisibilizado. Hay muchas contribuciones colectivas previas de teóricas y activistas feministas que han propuesto compartir espacios comunitarios fuera del hogar para reivindicar que las tareas de cuidados y reproductivas tienen que ser responsabilidad social y pública, haciéndolas visibles en los entornos urbanos y comunitarios.

Además de esta amplia genealogía feminista, que tenemos la obligación de visibilizar y aprender

Taller del proyecto Comunidades Ecofeministas de Vivienda. Foto: Col·lectiu Punt 6.



de sus propuestas, actualmente hay diferentes formatos o estructuras comunitarias que tienen como objetivo acceder a una vivienda con una comunidad para romper con la dicotomía entre espacio público y privado para proponer una alternativa de organización social. Estas comunidades, mayormente lideradas por mujeres y disidencias, desarrollan propuestas de acceso a la vivienda a partir de repensar cómo el diseño y la gestión del espacio pueden construir un entorno más corresponsable con los cuidados y la sostenibilidad de las vidas.

Tenemos una organización social basada en la privatización de los cuidados que significa dejar una gran parte estos en la esfera privada del hogar, y este sistema es una fuente de desigualdades que penaliza unos colectivos por encima de otros: en concreto, las mujeres y las personas migrantes. Si sumamos la desigualdad en la distribución de las tareas de cuidados con la grave crisis de la vivienda las consecuencias son muy graves.

Por eso, además de comunidades de vivienda también hay muchas iniciativas comunitarias surgidas de grupos de afinidad, vecindad y movimientos sociales que se organizan para resolver

las necesidades del grupo al que pertenecen en un entorno próximo a sus viviendas. Esta idea de resolver algunas de las necesidades de cuidados en un entorno consolidado lo hemos trabajado desde el urbanismo feminista con el nombre de *red comunitaria de cuidados en torno a la vivienda*. Esta red tiene el objetivo de involucrar a diferentes personas viviendo en diferentes modelos de vivienda para compartir espacios colectivos y contribuir a la colectivización de las tareas domésticas, de cuidados y comunitarias.

Hay que dejar de pensar la vivienda desde una perspectiva individual, priorizar los cuidados exige una transformación radical de nuestros espacios de vida como escenarios de nuestra vida cotidiana. El espacio contribuye a configurar cómo nos relacionamos, nuestro pensamiento y nuestra manera de concebir el mundo. Para cambiar las condiciones de vida de las personas y poner nuestras vidas en el centro de verdad, tenemos que repensar nuestros espacios (rehabilitarlos, readaptarlos, renombrarlos, reconfigurarlos, reprogramarlos, etc.) para que sean un soporte real a otras formas de organización social garantizando una vivienda para todas y todos.

NOTA SOBRE LA AUTORA

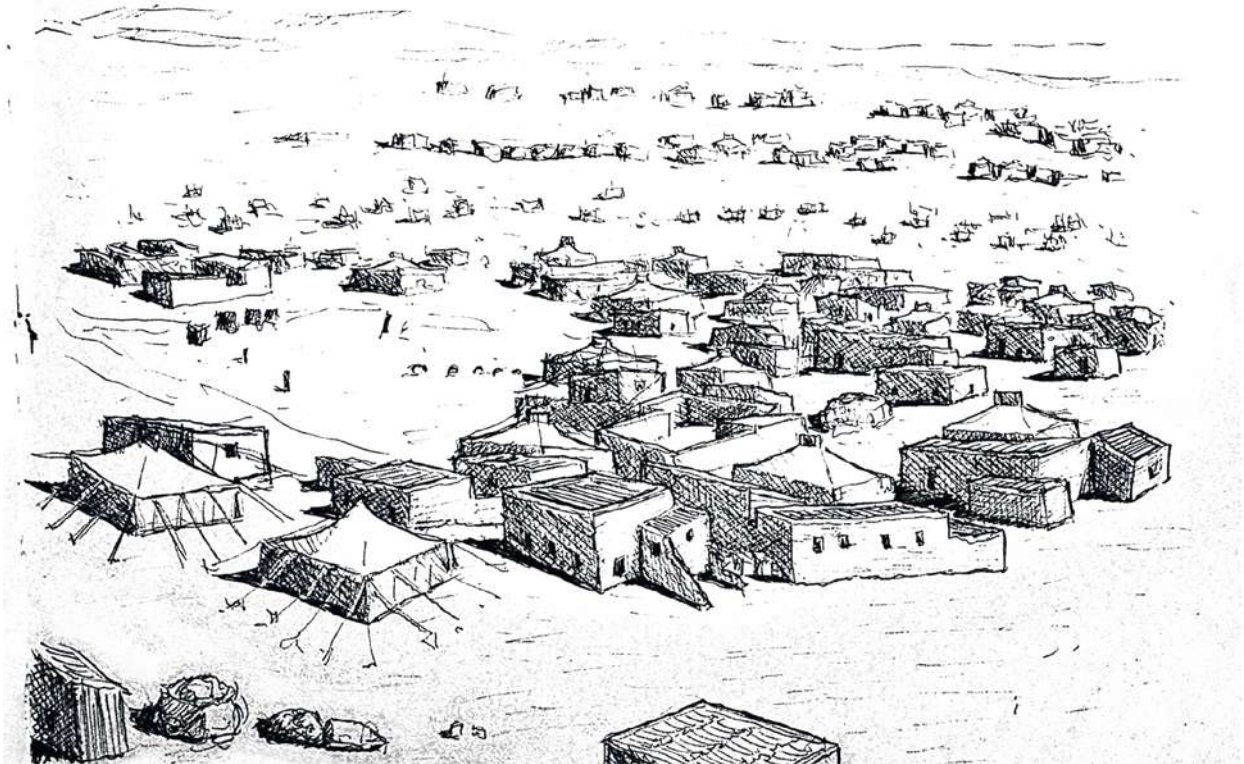
Roser Casanovas. Arquitecta y urbanista, socia fundadora de la cooperativa Col·lectiu Punt 6. Es una entidad que trabaja para repensar los espacios domésticos, comunitarios y públicos desde una perspectiva feminista con 20 años de experiencia. Sus ámbitos de trabajo están relacionados con la gestión comunitaria de los cuidados, a través de metodologías participativas con perspectiva feminista interseccional, desarrollando proyectos como la *Red comunitaria de Cuidados en torno a la vivienda* y las *Comunidades ecofeministas de viviendas*, entre muchos otros.

LA HAIMA COMO ARCHIVO, MEMORIA Y PERTENENCIA DEL PUEBLO SAHARAUI

FLAVIA REYNOSO ROMÁN Y PATRICIA MUÑIZ NÚÑEZ
ILUSTRACIONES DE FLAVIA REYNOSO ROMÁN

Entender el concepto de habitar es esencial para entender el vínculo entre arquitectura, cultura y forma de vida. Habitar no debe ser reducido a una acción de residir o de ocupar un espacio construido, sino que implica un conjunto de prácticas, valores y significados que vinculan al individuo con su entorno físico y social.

Ilustración de Flavia Reynoso Román.



Con este texto se pretende dar una pequeña pincelada del papel de la mujer saharai en el entendimiento de *haima* más allá de refugio, siendo ella quien articula el habitar como práctica material, social y política. La perspectiva de género ofrece una lectura del espacio que revela las lógicas de organización, producción y transmisión cultural que estructura la vida en los campamentos. «La mujer saharai habita la frontera entre el desierto y la memoria. No solo construye la casa: Construye el sentido de pertenencia. En su gesto cotidiano, el exilio se convierte en hogar.» (Medina Martín, *Experiencias e identidades de mujeres saharais* (2018).

Martin Heidegger define “habitar” como la forma esencial en la que el ser humano existe sobre la tierra. Construir, habitar y pensar son acciones independientes. Según el filósofo se construye para habitar, pero también se habita como manera de cuidar y preservar el mundo. Su planeamiento quita del foco de atención el elemento físico y lo dirige a la relación entre el espacio y sus habitantes. Desde esta perspectiva la forma material no es el fin en sí misma, sino es el medio que posibilita la existencia.

En un contexto de desplazamiento, el habitar trasciende y persiste a través de la precariedad, conservando la estructura relacional, el individuo continúa ordenando, cuidando y dándole sentido a su entorno inmediato. El exilio como fenómeno plantea una ruptura entre el individuo y su territorio.

El desplazamiento forzado genera formas de asentamiento fuera de las estructuras políticas convencionales. Los campamentos de refugiados en Tinduf son una tipología urbana y social que surgen de la excepción prolongada en el tiempo. En ellos la arquitectura permite, a pesar de la adversidad de las condiciones, la continuidad de la cultura saharai.

El análisis de este modelo espacial complejo pretende navegar las dimensiones donde la técnica y la memoria convergen para construir hogares donde no había vivienda.

Habitar es un fenómeno relacional en el que el cuerpo se ajusta al entorno y, de manera simultánea, el espacio adquiere forma y significado a través del uso. La arquitectura no se limita a contener funciones, sino que produce atmósferas, ritmos y gestos que estructuran la experiencia cotidiana. Estos elementos contribuyen a la cons-

Ilustración de Flavia Reynoso Román.

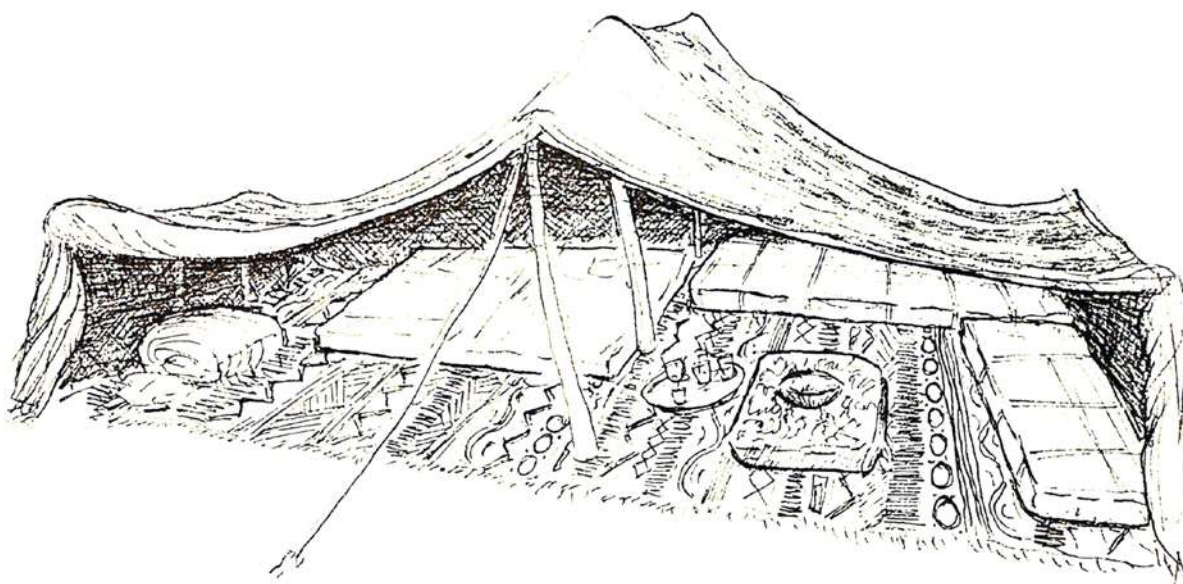




Ilustración de Flavia Reynoso Román.

trucción de identidad y, a su vez, son generados por ella en un proceso bidireccional.

En los campamentos de refugiados saharauis, la *haima* constituye un caso paradigmático para analizar esta dimensión fenomenológica del habitar. Sus distintas materialidades, sus sistemas de montaje, la organización interior y las prácticas que acoge evidencian cómo el espacio no es un contenedor pasivo sino el medio a través del cual se configura la relación entre cuerpo, memoria y entorno.

La mujer saharauí

Desde los tiempos nómadas la organización social saharauí ha estado marcada por la movilidad masculina y la permanencia femenina. Mientras los hombres se desplazaban durante largas temporadas en búsqueda de agua o pastos, las mujeres permanecían en su *frig* y se encargaban de la familia y el asentamiento.

Ellas son el centro de la familia y el núcleo de la sociedad, esto se refleja en las *haimas* y la distribución gira en torno a ellas. La mujer ocupa el centro de la vivienda, de cara a la entrada, esto le permite ver quién entra a la casa y la distribución del resto se condiciona por género. Los hombres

estarán a su izquierda y las mujeres a su derecha, formando una media luna. Esta configuración espacial da un orden centrífugo en torno a la figura materna.

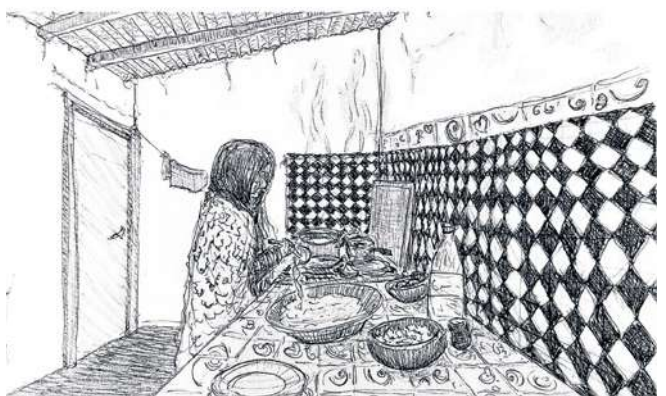
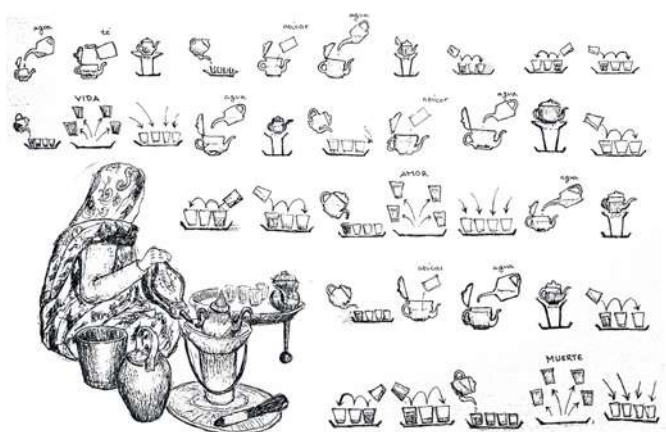
La *haima* no solo está en su dominio, también es su creación. Las mujeres se encargan de tejer sus cubiertas, decorar el interior con textiles de motivos y patrones, lo que genera el lenguaje identitario. Además, disponen y organizan los objetos de las habitaciones.

«En la *haima* se inscribe la autoridad simbólica de la mujer. Desde su posición central observa, distribuye y cuida; su mirada estructura el espacio» explica Medina Martín (2018).

Mujer, constructora social y política

En 1974 se fundó la Unión Nacional de Mujeres Saharauis, paralela y complementariamente al movimiento de liberación.

Un año después, las mujeres asumieron la gestión completa de la vida en el exilio. Mientras los hombres estaban en el frente militar, ellas construyeron los primeros campamentos en Tinduf y organizaron las estructuras básicas de supervivencia: escuelas, hospitales, cocinas, almacenes, centros administrativos.



Ilustraciones de Flavia Reynoso Román.

El acto de construir se convirtió en un gesto de soberanía, la mujer habitó el espacio y lo produjo. A medida que aumentaban las dificultades que enfrentaba su sociedad también aumentaba la participación de las mujeres en la política y economía saharauí, desempeñando un papel decisivo en la consolidación de las instituciones de la RASD.

Desde el pensamiento de Judith Butler (*Frames of War*, 2009), estas prácticas pueden leerse como una forma de “habitar político”, actos de resistencia frente a la precariedad y a la violencia. Criar, construir, enseñar, curar o alimentar son actividades que, en contextos de desplazamiento, adquieren valor político. Aseguran la existencia y continuidad de la comunidad.

«Las mujeres saharauí representan la continuidad del hogar y de la memoria, incluso cuando el territorio físico ha sido arrebatado.» (Zahra Ramdane, *The Role of Saharawi Women in Peacebuilding and Nationhood*, 2015). Son depositarias y transmisoras del patrimonio inmaterial: cantos, relatos, rituales, recetas, técnicas. Estas tradiciones son solo algunos ejemplos de los actos cotidianos que permiten la conservación y herencia de su identidad.

El tejido es un elemento central de esta transmisión. Coser y tejer no son actividades puramente funcionales, son actos de reconstrucción simbólica del hogar. Del mismo modo, ordenar y disponer los objetos mediante lo cual se dota de carácter a los espacios domésticos.

Estos gestos se convierten en signos de continuidad entre el pasado nómada y el presente sedentario del exilio. Cada uno reafirma un sentido de pertenencia en un territorio provisional. En este contexto, podemos entender las prácticas textiles o pintados con henna como un territorio alternativo, un soporte de memoria donde se inscribe la historia colectiva.

Los patrones, las repeticiones y los colores codifican identidad, construyen pertenencia y preservan la memoria.

Nomadismo, arraigo y transformación

La transición del nomadismo al sedentarismo forzado es una de las transformaciones más significativas del habitar saharauí. Desde el inicio del conflicto armado, las familias se vieron obligadas a modificar su forma de habitar en toda su extensión, incluyendo su percepción y construcción del tiempo.

La *haima*, estructura ancestral saharauí, caracterizada por su diseño desmontable, permite la movilidad de su habitante. La materialidad: telas, palos, y cuerdas, son respuesta directa a las necesidades de ligereza, porosidad y adaptabilidad.

En los campamentos de Tinduf, inicialmente la *haima* bereber se mantuvo, pero la escasez de

recursos y las condiciones extremas hicieron necesaria la ayuda humanitaria, que introdujo carpas estandarizadas donadas por distintas entidades internacionales.

Con el transcurrir de los años la forma de construirlas se fue transformando. Las familias empezaron a expandir sus *haimas*, construyendo distintas unidades que formaban un conjunto y eventualmente empezaron a construir muros perimetrales.

Como espacio intermedio surgió el patio, un umbral donde el dentro, fuera, privado y público se encuentran. Se ha convertido en uno de los elementos estructurantes de la vivienda y es de las mayores transformaciones del espacio doméstico saharauí.

Este gesto arquitectónico modifica la concepción del habitar. Introduce una diferenciación entre interior y exterior, privado y colectivo, que no estaba presente en la *haima* nómada. Al mismo tiempo, genera nuevas formas de relación entre quienes la habitan, los recorridos, las secuencias de uso y la interacción con el entorno inmediato.

Sin embargo, el cambio de materiales no alteró de forma directa la lógica interna de la vivienda.

La organización espacial, las jerarquías sociales y la centralidad femenina se mantuvieron estables.

Con el tiempo se ha ido introduciendo el uso de muros que enclaustran el espacio entre las distintas unidades habitacionales de cada familia. Con esto, a pesar de que el suelo no puede ser comprado, aparece la concepción del espacio público y privado, dando un sentido de propiedad e intimidad a los habitantes.

Lo que se entendía como una situación temporal comenzó a consolidarse como una condición prolongada o incluso permanente, las familias empezaron a construir pequeñas edificaciones anexas que funcionan de manera conjunta.

En este proceso, los espacios se fueron especializando y clasificando según usos específicos –descanso, habitación del té, aseo o almacenamiento– configurando una organización doméstica más compleja, adaptada a nuevas necesidades sin romper completamente con la lógica espacial heredada del nomadismo.

En todos los casos es la mujer quien organiza el espacio, regula las jerarquías y conserva la memoria material del hogar. Un lugar donde las mujeres construyen dignidad en contextos de opresión, y su papel es una forma de liderazgo silenciosa.

NOTA SOBRE LAS AUTORAS

Flavia Reynoso Román es graduada de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de A Coruña. Nacida en Arequipa, Perú, motivada por su madre, se trasladó a España para continuar sus estudios superiores. La arquitectura se convirtió en el medio a través del cual se descubrió, creció y desarrolló su mirada crítica en distintos ámbitos. En el contexto global actual, centra su interés en las diversas realidades sociales y en la manera en que la arquitectura se vincula con la identidad, el habitar y las condiciones de vida.

Patricia Muñiz Núñez, es Doctora Arquitecta y docente de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de A Coruña. Ha recibido numerosos reconocimientos a su labor investigadora: Premio “González Llanos” en investigación en arquitectura e ingeniería 2025, Premio “Xoán Vicente Viqueira” a la Innovación Científica, 2024, Premio Gallego de Educación para el Desarrollo y la Ciudadanía Global 2023; el premio COAG de Divulgación, Investigación y Diseño 2019 y el premio Manuel Castillo 2018 de la universidad de Valencia. Es miembro del grupo de investigación Persona-Ambiente.

NAS MARXES DA CIDADE

SARA VÁZQUEZ

Nas marxes da cidade, a mobilidade do coidado pon de manifesto desigualdades invisibles. Fóra do urbano centralizado, vivir nun contexto periurbano ou rural supón unha dobre discriminación: por xénero e por territorio. Este artigo sitúa a mirada en quen coida desde as marxes para comprender como o contexto territorial condiciona a mobilidade, amplifica as desigualdades e limita a autonomía, e como a planificación urbana debe repensarse para construír realidades territoriais máis xustas.

Afortunadamente, xa non é novidoso falar da discriminación de xénero no espazo público, e o termo mobilidade do coidado, entendido como a mobilidade cotiá necesaria para o soporte da vida, comeza a aparecer cada vez máis nos estudos urbanos e territoriais. O estudo desta mobilidade, que se afasta da mobilidade hexemónica e patriarcal que estrutura desde hai séculos as nosas contornas, supón unha revisión onde se pon o eixe central nos labores invisibilizados de coidados e, xa que logo, en todas aquelas persoas que os realizan, na súa ampla maioría mulleres.

Con todo, cando acudimos a esta reivindicación xusta e necesaria adoitamos facelo desde unha perspectiva xa de por si desigual: a que se obtén ao pór as lentes urbanocéntricas na comprensión de como se constrúe a vida cotiá sen ter en conta o contexto territorial. Alén do urbano, que é o máis amplamente estudado, quedan outras formas de construír o territorio que acollen distintas maneiras de habitar, moitas veces máis fráxiles e invisibles. Así pois, vivir nas marxes do tecido urbano consolidado, xa sexa nun contexto rural ou

periférico, parece supor unha dobre discriminación para determinada parte da poboación que xa está invisibilizada nas contornas urbanas.

Coidar nun territorio disperso

Coidar implica moverse e, nun territorio disperso, coidar custa máis. Nos barrios periurbanos, os servizos están máis lonxe, o transporte público é menos frecuente e as alternativas son escasas. O que nun barrio céntrico se pode resolver cun percorrido curto, na periferia convértese nunha cadea de desprazamentos longos, ríxidos e pouco conciliables co resto da vida cotiá. Ademais, esta sobrecarga de tarefas de coidado non se reparte de forma equitativa, sendo as mulleres as que asumimos a maioría dos desprazamentos vinculados a elas, tanto en contextos urbanos como periurbanos. Con todo, nestes últimos a carga intensifícase: máis tempo investido, menos marxe de elección e maior dependencia de redes familiares ou informais. Todos estes factores fan que a mobilidade deixe de ser unha ferramenta de autonomía para transformarse nunha fonte constante de desgaste.



Reapropiación informal do espazo público que evidencia as carencias nos equipamentos de coidados. Amsterdam, 2025. Foto: Sara Vázquez.

Neste marco, realizouse un estudo comparativo dos barrios de Eirís (barrio periférico) e Montealto (barrio céntrico) da cidade da Coruña. A análise dos datos que definen o padrón de mobilidade de xénero entre parellas heteronormativas, tanto en ámbitos urbanos como periurbanos, pon en evidencia que as tarefas de coidado seguen a repartirse de forma asimétrica entre homes e mulleres. Se separamos, por unha parte, as tarefas de acompañamento das tarefas ligadas á xestión do fogar, os datos amosan que as mulleres realizan en maior medida ambas, mentres que os homes se ocupan máis das primeiras e delegan nas mulleres as de xestión (asociadas a unha maior carga mental). Non obstante, no caso dos contextos periurbanos, é salientable a maior dependencia das redes de coidado, quizais debido a un poder adquisitivo inferior e a unha menor proximidade dos servizos. Así mesmo, os propósitos de desprazamento tamén falan do territorio: nos barrios periurbanos dominan as viaxes ligadas ás necesidades básicas (educación, saúde ou compra de alimentos), namentres que nos céntricos son máis frecuentes os desprazamentos vencellados ao lecer ou a outros fins recreativos.

Nas características propias das viaxes de coidados (frecuencia, duración e distancia) reflíctese igualmente unha distribución desigual da carga. No barrio periurbano, o 67 % das mulleres enquisadas indicaba realizar múltiples desprazamentos de coidados ao día (cifra que nos barrios céntricos se situaba arredor do 50 %), mentres que entre os homes predominaba a realización dun único desprazamento de coidados ao día. Así mesmo, a duración de tempo empregado en mobilidade de coidado era de media superior nas mulleres e con traxectos máis longos ca nos contextos céntricos. No caso dos homes do barrio periférico, un 66 % dos enquisados indicaba dedicar menos de 30 minutos ao día, mentres que a porcentaxe de mulleres que dicían dedicar menos de media hora diaria era moito menor, representando só un 25 %. A combinación destas variables da lugar a un padrón de mobilidade complexo, polifacético e poligonal que conecta traballo remunerado, tarefas cotiás de coidado e acompañamento de persoas dependentes. Un dos factores clave que modelan estes padróns de mobilidade é a persistencia dos roles de xénero tradicionais, que lles asignan ás mulleres unha

maior carga de coidados e dificultan a conciliación coas outras actividades da vida cotiá (deporte, actividades de lecer ou sociais). Outro aspecto distintivo é a maior tendencia dos homes a utilizar o vehículo privado, que se exacerba nas idades máis avanzadas; este comportamento non só responde ás diferenzas nas responsabilidades de coidados, senón que se ve agravado por un modelo urbano construído baixo ópticas androcéntricas, que prioriza a eficiencia do transporte motorizado vinculado ás tarefas produtivas fronte aos desprazamentos cotiáns asociados ao coidado e á vida doméstica.

Ao comparar os padróns de mobilidade dos barrios de Eirís e Montealto, obsérvase que, se ben os roles de xénero se manteñen de forma similar en ambos os contextos, distínguese o impacto significativo da contorna física e das súas condicións sobre a calidade de vida, en particular no que respecta aos coidados e á súa intersección coas diferentes esferas da vida cotiá. O menor acceso aos servizos públicos, as dificultades de accesibilidade e a dependencia do vehículo privado sumados á imposición tradicional da visión de xénero supoñen unha carga incrementada sobre os ombreiros das mulleres

dos barrios periurbanos, así como sobre as persoas que precisan coidados, todo o cal reforza as desigualdades estruturais. Esta combinación de circunstancias crea unha situación na que as mulleres dos barrios periurbanos se enfrontan a unha mobilidade máis difícil, con maior emprego de tempo e recursos, o que dificulta a conciliación dos múltiples aspectos da vida. Mentres que os homes, en xeral, aínda se benefician dunha mobilidade máis eficiente, as mulleres teñen que navegar por un contexto urbano que non está deseñado especialmente tendo en conta as súas necesidades; este desaxuste non só dificulta a mobilidade cotiá, senón que contribúe a perpetuar as desigualdades de xénero no acceso á vida urbana e na participación nela.

Non só os condicionantes culturais e socioeconómicos teñen unha implicación relevante á hora de definir como se organizan os coidados nestes barrios; as barreiras, tanto físicas como transversais, que atopan as persoas que realizan tarefas de coidado na súa mobilidade supoñen unha traba adicional. Estamos a falar dunha sinalización deficiente, dunha mala iluminación que implica unha maior



Parada de bus no barrio de Eirís (A Coruña) cuxo mal deseño supón unha barreira na mobilidade peonil. Foto: Sara Vázquez.

Os bancos como elementos da infraestrutura social urbana. Barrio de Eirís (A Coruña). 2025 Foto: Sara Vázquez.



sensación de inseguridade, da presenza de obstáculos, dun déficit no equipamento dos barrios, dunha inadecuada localización das paradas de transporte público e mesmo de falta de espazo nas beirarrúas para poder andar comodamente con carriños ou acompañando. Todos estes atrancos non deixan de supor unha barreira tras outra para a mobilidade cotiá. Do mesmo xeito, a existencia de condicionantes transversais, como a falta de interseccionalidade e a escasa variedade na oferta cultural ou de lecer, así como a baixa presenza de tecido colectivo ou de acción local, implica unha carencia de espazos seguros nos que poidan expresarse e canalizarse as necesidades existentes.

As ausentes do mapa

Os datos permiten identificar padróns e observar barreiras, pero non explican por si sós como se vive o coidado no día a día. Para comprenderlo, é imprescindible incorporar as voces de quen sostén a vida nos distintos territorios. Nos discursos sobre a mobilidade do coidado, o foco adoita poñerse nos coidados ligados á infancia e, polo tanto, nas mulleres novas dentro da idade adulta, deixando nun segundo plano outras realidades igualmente centrais pero moito menos visibles.

As conversas con mulleres de distintos perfís poñen de manifesto unha realidade coñecida, pero poucas veces situada no centro do debate: a de quen coida desde a marxe, sen recoñecemento, sen apoios e sen capacidade real de elección. Estamos a falar de mulleres maiores que sosteñen coidados interxeracionais, atendendo tanto os netos como os pais, e que non tiveron acceso previo ao emprego remunerado nin a recursos de mobilidade, como o carné de conducir ou un vehículo propio. En territorios onde todo queda lonxe, esta falta de autonomía tradúcese en illamento e vulnerabilidade. Esta é a xeración «sándwich» dos coidados, formada por mulleres ás que non chegan os cambios e que aceptan, con resignación, que coidar é o seu traballo desde ben pequenas

e durante o que lles quede por vivir. É unha tarefa á que o mundo dos estudos territoriais de xénero aínda non parece prestar a atención necesaria, obviando as súas voces no contexto académico e, en consecuencia, nas accións políticas necesarias.

A necesidade dunha ollada propia en cada contexto territorial

Abordar o estudo da cidade a través dunha ollada que integre as súas diferentes variables, entendendo as relacións entre elas e comprendendo as súas interdependencias, facilitaría a creación de políticas de mobilidade aliñadas coas necesidades reais da poboación, algo de especial relevancia en contextos menos estudados, como os non urbanos. Non se pode obviar a importancia de entender o conxunto das realidades presentes e darlle voz. É necesario comprender que as estruturas patriarcais afectan a todas as esferas da vida cotiá e en todos os contextos, e que os estudos territoriais e de mobilidade, ao ignorar esta realidade, invisibilizaron as experiencias dunha gran parte da poboación. Neste sentido, cómpre recoñecer que todo está interconectado: a relación entre xénero e mobilidade non se pode ler sen ter en conta o contexto territorial, e a planificación deste debe realizarse necesariamente incorporando a perspectiva de xénero.

Para maior información

- Sánchez de Madariaga, Inés e Zucchini, Elena (2020) Movilidad del cuidado en Madrid: nuevos criterios para las políticas de transporte. *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales*, 203, 89-102
- Valdivia, Blanca (2018) Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, 11. <https://doi.org/10.12795/habitatsociedad.2018.i11.05>
- Vázquez, Sara (2025) *La movilidad del cuidado en los entornos periurbanos. El caso del barrio de Eirís en A Coruña* [Traballo de fin de máster, Universitat Oberta de Catalunya].

NOTA SOBRE A AUTORA

Sara Vázquez é unha arquitecta e urbanista formada na ETSAC e na UOC que desde hai máis dunha década traballa en proxectos de deseño urbano nos Países Baixos. Afondou na súa especialidade cun mestrado en Cidade e Urbanismo no marco do cal elaborou unha tese centrada na relación entre mobilidade de coidados e periferia. A súa práctica e investigación xiran derredor do desenvolvemento de cidades e territorios máis sostibles e inclusivos.

APUNTES DESDE LA CIUDAD DE MÉXICO SOBRE FEMINISMO, GÉNERO Y CIUDAD

MUNA MAKHLOUF DE LA GARZA

En este texto, planteo algunas cuestiones sobre feminismo y espacio urbano, acompañadas visualmente por fotografías propias de la Marcha feminista del 8M en la Ciudad de México en 2020 (poco antes del encierro por la pandemia), para reflexionar sobre lo que implica la puesta en escena en el espacio público de las reivindicaciones feministas, en diálogo con otros textos y las calles, mensajes que se van entretejiendo para generar ciudades -y sociedades- donde quepan por fin los mundos de las mujeres, y de todo sujeto históricamente oprimido.

Desde hace varias décadas, ha ido en aumento la producción activista y académica sobre la cuestión del género y lo urbano. Todas las disciplinas han sido atravesadas por esta perspectiva, particularmente las ramas dedicadas al ámbito socioespacial, resaltando la cuestión de la ciudad mirada desde el feminismo. Los estudios urbanos que se consideren críticos difícilmente pueden soslayar

la cuestión. Por otro lado, destaca la visibilidad de las colectivas feministas que cada vez ocupan más el espacio urbano y las redes sociales con sus reivindicaciones, poniendo en el centro de la discusión cuestiones como los cuidados y otros temas cuya relevancia se había subestimado históricamente. Partimos de que gran parte de la transformación necesaria del mundo consiste en que las mujeres pongamos nuestros asuntos en el centro de lo humano.

No obstante, aunque hay más conocimiento sobre estos temas y mayor visibilidad de las colectivas feministas en varias partes del mundo, la violencia contra las mujeres sigue siendo un lastre social, por momentos en aumento en regiones como la latinoamericana, en particular con su máxima expresión: los feminicidios.

¿Cómo se manifiestan en el espacio público las asimetrías sociales de género? ¿Y cuáles son las respuestas colectivas de las mujeres en y en pos de dicho espacio? La ecuación parece simple: la ciudad no se vive igual siendo hombre que mujer. El espacio público es producto de todas las relaciones sociales asimétricas, incluyendo por supuesto las de género, y el urbanismo, que entonces no puede ser neutro, diseña el espacio respondiendo a las jerarquías establecidas (Falú, 2009; Ramírez Kuri y Carrión, 2023). Para entender cómo el sexismo funciona en el espacio, Kern (2020) señala:

“la experiencia urbana de las mujeres sigue estando marcada por una serie de barreras -físicas, sociales, económicas y simbólicas- que moldean su vida cotidiana en formas profundamente influidas por el género, aunque no solo por él. Muchas de esas barreras son invisibles para los hombres, puesto que rara vez las encuentran en sus propias experiencias”

Las decisiones sobre políticas públicas urbanas, sigue la autora, son mayoritariamente tomadas por hombres, sin tomar en cuenta cómo éstas afectan a las mujeres:

“La ciudad está organizada para sostener y facilitar los roles de género tradicionales de los hombres, tomando las experiencias masculinas como la “norma” y mostrando poca consideración por las maneras en que la ciudad puede obstruir los caminos de las mujeres e ignorar su experiencia cotidiana de la vida urbana. A esto es a lo que me refiero cuando digo “ciudad de hombres”.

Esta misma investigadora ha puesto en el centro la condición histórica de la “peligrosidad” recíproca entre la mujer y la ciudad. Históricamente, se ha considerado que la ciudad amenaza a la mujer porque la mujer amenaza a la ciudad, y a la sociedad, con su ‘debilidad’ moral y sus ánimos de emancipación. Esto la pone en una condición de permanente vulnerabilidad.

La íntima violencia de la calle

El género es la intimidad de lo político. Si en la mayor parte de las sociedades actuales encontramos asimetrías de poder marcadas por ejes de privilegio y opresión, su nivel más profundo es el género, entendido como “la construcción cultural de la diferencia sexual” (Lamas; 2013), que pone en el centro de dicha opresión a los sujetos contruidos socialmente como mujeres y todo aquello considerado femenino.

Cuando ellas son blanco de la violencia en la calle, con la carga de anonimato que conlleva, dicha violencia aparece como fantasmagoría: parece incontenible, incontrolable, inconmensurable; como producto de una fuerza voraz, insaciable,

“Si vuelve tarde a casa... ¡NI UNA MENOS!” Foto: Muna Makhoulf.



desdibujando los sujetos concretos que cometen los delitos, y también así la base social que los sostiene. Ana Falú, en ese sentido, dice: “Este viejo fenómeno de la violencia en las ciudades hoy tiene rasgos particulares, al ser percibida como inevitable y a la vez experimentada como inhibitoria de la vida urbana” (2009, 25). Especificando las violencias en espacios públicos sobre las mujeres, éstas “adquieren expresiones similares a las de aquellas que tienen lugar puertas adentro y que avasallan sus cuerpos; (...) que cuentan con un alto grado de tolerancia social y terminan culpabilizando a las víctimas” (Ibídem, 21). Se trata del cuerpo de las mujeres como lugar de disciplinamiento social, “como formas de castigo de la conducta de aquellas mujeres que “abandonan el lugar” que les corresponde en el orden patriarcal” (Segato, 2003, en Susti: 2023). En ese mismo tenor, Borzacchiello advierte que “la reacción de odio se desata como consecuencia de la infracción de lo femenino a las leyes del patriarcado, por ejemplo, cuando una mujer ejerce su autonomía o cuando accede a posiciones tradicionalmente ocupadas por lo masculino” (2025, 321). La violencia en el espacio público les recuerda a las mujeres su lugar en la sociedad: “aquí corres peligro”, y quien te advierte te está amenazando: es tu potencial victimario. “El temor de las mujeres a transitar libremente por la ciudad produce una suerte de “extrañamiento” respecto del espacio en que circulan, al uso y disfrute del mismo.” (Falú, 2009, 23).

Las violencias contra las mujeres son múltiples y se perpetran por actores individuales e institucionales. En ellas está en juego el cuerpo de las mujeres, como territorio para ser ocupado, como mercancía disponible, pero también como el espacio para defender derechos (Ídem).

Cuando las mujeres son asesinadas sus cuerpos suelen exponerse en el espacio público, en una práctica misógina de basurización, que recalca el desprecio por su existencia. A esa descarnada exposición, le sigue la invisibilización, al volverse números en las estadísticas. La ciudad emerge entonces como memorial ante su obliteración como otredad, fungiendo como contranarrativa en el espacio público: las antimonumentas. Frente al Palacio de Bellas Artes, en el centro de la Ciudad de México, se instaló la Antimonumenta feminista el 8M de 2019, para recordar a todas las mujeres víctimas de feminicidio en México. Puede identificarse por el signo feminista.

Respecto a esto, Salas (2022) nos dice que los antimonumentos señalan al gobierno como corresponsable de las violencias y, como indica el prefijo “anti”, “estas instalaciones contravienen los procesos tradicionales de construcción y transmisión de la memoria, con la que normalmente se ensalza al Estado y sus instituciones”.

Si bien las mujeres son violentadas en las calles de prácticamente todas las ciudades, no se espera que ellas tengan prácticas consideradas violentas. Desde hace unos años, las marchas feministas en la Ciudad de México incluyen el *marcaje* de

Antimonumenta feminista frente al Palacio de Bellas Artes. Foto: Muna Makhloof.



monumentos, mobiliario y fachadas por parte de algunas manifestantes al paso de la marcha. La discusión en los medios de comunicación sobre las “violentas” y la crítica a estas formas de protesta no se hacen esperar.

Varias colectivas feministas han denunciado, ante la polémica, que la gente que clama por la integridad de los monumentos y fachadas nunca se había pronunciado antes por la seguridad ni la integridad de las mujeres, visibilizando así una sociedad hipócrita cómplice de la misoginia. Según datos de 2024, México es el segundo país latinoamericano con la mayor tasa de feminicidios, sólo tras Brasil (Jiménez, 2024), y, aunque la mayor parte de ellos se cometen en el espacio privado, los cometidos en el público han ido en aumento.

En las marchas feministas hablamos de apropiación reivindicativa feminista del espacio público: ocupación del mismo *poniendo el cuerpo* en las marchas; dejando marcas, como las antimonumentas, las *pintadas* o los *tendederos*⁵; y la apropiación acústica con las consignas gritadas por cientos de mujeres al unísono, como evocación y presencia de las que ya no tienen voz porque les fue arrebatada. Nos hace pensar en lo que implica que las calles se ocupen por mujeres exponiendo sus demandas y reivindicando sus derechos, los más básicos: a la vida, a su cuerpo, a sus decisiones vitales. Los temas de sus reivindicaciones se ponen en la calle de manifiesto. Y varias de ellas, además, tienen que ver con la vida en la calle y en la ciudad.

El feminismo como señal para recorrer caminos en colectivo

Cuando pensamos en ciudades más adecuadas a las experiencias y necesidades de las mujeres, se abren dos frentes en la discusión: nos remite a los cuidados, con la exigencia de que la ciudad sea más adecuada para hacerlos. Por otro lado, y como reivindicación feminista, se exige que dichas tareas, que comprenden amplios ámbitos de la vida colectiva, dejen de recaer socialmente de manera exclusiva o abrumadora en las mujeres.

Estamos en tiempos cargados de odio donde el mundo parece cada vez más violento, ensañándose contra las personas cuya marginación les hace vulnerables; entre ellas, niñas y mujeres siguen siendo un botín del sistema patriarcal y capitalista y sus operadores megalómanos y depredadores. Urge redoblar esfuerzos de acción y conciencia para la realización de los derechos de las mujeres y de todos los grupos oprimidos, investigando sobre las violencias feminicidas, visibilizando la relación entre un sistema asimétrico de género y la reorganización global de la violencia con relación a los extractivismos de saberes, cuerpos y territorios (Borzacchiello, 2025). Falta mucho que hacer, pero, igual que en muchos otros ámbitos de la vida individual y colectiva, ciudadana, pública, institucional, de la geopolítica mundial, parte importante de la resistencia es no perder la esperanza ni la conciencia sobre la capacidad de agencia de las personas para la transformación social. Es preciso pensar y cons-

“¡Señor, señora, no sea indiferente! ¡Se mata a las mujeres en la cara de la gente!”. Foto: Muna Makhoulouf.



truir ciudades y sociedades que reconozcan las diferencias, la diversidad de experiencias urbanas según los distintos tipos de sujeto y colectivos; en particular, que pongan en el centro las experiencias y necesidades de las mujeres. Y por supuesto, también un enfoque interseccional que identifique los otros ejes de opresión que operan junto con el de género. Hablamos del derecho a existir, y a vivir, disfrutar y recorrer la ciudad por parte de las mujeres, sin temor a las violencias.

Referencias

- Borzacchiello, Emanuela. 2025. "Feminicidio y violencias feminicidas: un cambio de paradigma para nombrar, investigar y erradicar las violencias contra nuestros cuerpos-territorios (1970-2023)", en: Vasquez Montañón, Margarita y Jaiven, Ana Lau (coords.). *Mujeres de cara al Siglo XXI. Entre la historia reciente y los desafíos*. México: INEHRM.
- Carrión, Fernando; Reinoso, Valeria; Ramírez Kuri, Patricia; Corti, Marcelo y Abramo, Pedro. 2023. "Ciudad, Género y Espacio Doméstico", en: Carrión, Fernando; Reinoso, Valeria; Ramírez Kuri, Patricia; Corti, Marcelo y Abramo, Pedro (eds.) *Ciudad, Género y Espacio Doméstico*, Tomo 1. Quito: FLACSO, Ecuador.
- Falú, Ana, 2009. *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos*. Santiago de Chile, Red Mujer y Hábitat de América Latina, Ediciones SUR
- Jiménez, Ernesto. 2024. "México, segundo lugar en feminicidios: sexenio de AMLO cerca de las 5 mil mujeres asesinadas", en Infobae. 8 de marzo.
- Kern, Leslie. 2020. *Feminist City. Claiming space in a Man-made world*. Londres: Verso.
- Lamas, Marta (comp.). 2013. *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-UNAM.
- Salas, Irma. 2022. "Contra monumentalidad, memoria y género: el caso de la antimonumenta feminista de la Ciudad de México", en: Romero, Velvet; Calderón, Araceli y Rincón, Ana Gabriela (coords.). *Feminismos, memoria y resistencia en América Latina*. Tomo 2. Narrar para no olvidar: memoria y movimientos de mujeres y feministas. Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Susti, Alejandro. 2023. "(Sobre)vivir o morir en el vertedero del mundo: violencia de género en "El Limpiador" de Rocio Silva Santisteban", en: *Letras* (Lima), 93(139).

Notas

1. Instalaciones en el espacio público, usualmente con denuncias a agresores escritas en papeles colgados a la manera de ropa lavada. Pieza y práctica propuesta en los años 70 por la feminista mexicana Mónica Mayer. Destaca que para el primero convocó a 800 mujeres a completar la frase: "Como mujer lo que más me disgusta de la ciudad es..." en papeles rosas.

NOTA SOBRE LA AUTORA

Muna Makhoul De la Garza. Antropóloga urbana y música mexicana. Sus investigaciones abordan el uso y apropiación del espacio urbano, el impacto social de las transformaciones urbanísticas y las resistencias vecinales ante dichos planes, dentro del análisis de la ciudad neoliberal, incorporando en los últimos años el asunto de la memoria colectiva activada para estas luchas. En 2018, coordinó junto con Gabriela Navas el libro *Apropiaciones de la ciudad. Género y producción urbana. La reivindicación del derecho a la ciudad como práctica espacial* (Ed. Pol-ten).

QUE FAN ELAS?

EXPERIENCIA URBANA E VIOLENCIA SEXUAL EN A CORUÑA

UXÍA LÓPEZ MEJUTO

Para moitas mulleres, o espazo público é un territorio onde a autonomía se negocia constantemente fronte á percepción do risco. Este artigo explora como o medo á violencia sexual actúa como un regulador invisible da mobilidade, impondo unha segregación espacial que comeza a internalizarse dende a infancia.

Dende cativas, moitas recibimos advertencias: non vaías soa por aí; evita ese parque; chama cando chegues; colle un taxi se é de noite... Estes riscos potenciais constitúen unha carga interna que reconfigura os percorridos, levando ás mulleres a un desexo de invisibilidade, tal como expresa a poética de Gata Cattana¹. Ese desexo de invisibilidade é, ao mesmo tempo, unha denuncia do acoso constante. Neste sentido, o medo á violencia sexual opera como unha arquitectura intanxible que limita o dereito á cidade, evidenciando que “os espazos públicos teñen xénero na súa construción e experiencia subxectiva”².

Cobertura mediática

Este medo non se constrúe no baleiro. As narrativas mediáticas inflúen na percepción do perigo. As noticias céntranse nos casos máis escandalosos, contribuíndo a mitificar aos agresores e a reforzar perfís estereotipados. Isto xera unha dobre distorsión, xa que sobredimensiona certos riscos mentres invisibiliza a violencia cotiá. Paralela-

mente, cando as mulleres acoden ao altofalante público son cuestionadas, ou mesmo acusadas de instrumentalizalo para facerse famosas ou lucrarse economicamente; nalgúns casos, a súa dor e trauma non son máis que o medio para encher horas de tertulias insidiosas nas que facer leña do seu sufrimento. E claro, existe un acceso desigual ao relato, non todas atopan espazo na axenda mediática nin na protesta pública. Para colmo, cando houbo unha cobertura a grande escala das manifestacións en apoio ás vítimas foi sensacionalista, apostando polo clamor público dunha solución rápida.

Estas narrativas constrúen imaxinarios que configuran como nos movemos, materializando o que se conceptualizou como a disciplina do terror sexual, unha “tecnoloxía corporal político-sexista”³. Os supostos socioculturais e xurídicos sobre a violación están intricadamente tecidos cunha linguaxe discursiva e de xénero que, de maneira insidiosa, converte ás mulleres en obxectos de violencia e en suxeitos de medo⁴.

Cobertura institucional

Fronte a este imaxinario, a resposta institucional evidencia graves deficiencias. Obsérvase nos datos (2017-2022) unha falta de estandarización das categorías –ministerios do Interior e de Igualdade, INE e GeoViolenciasexual–, o que impide a consolidación de bases operativas sobre a magnitude da violencia sexual. Esta falla persiste a pesar da significativa inversión de recursos públicos, cuxa tradución en medidas concretas resulta, en moitos casos, pouco clara.

De forma sintética, as mulleres representan o 88% das vítimas de violencia sexual en España, mentres que os homes constitúen o 98% das persoas detidas e investigadas e o 99,7% das condenadas. A infancia e a adolescencia emerxen como colectivos especialmente vulnerables, ao concentrar o 41% do total de vítimas. Dentro deste grupo, o 84% son nenas e adolescentes. Entre os condenados menores de idade por estes delitos, o 98% son homes.

Contrariamente ao imaxinario promovido, a maioría destas agresións ocorren en vivendas e anexos a mans de amigos ou coñecidos, no espazo común. A miúdo esaxerase o perigo do descoñecido mentres se subestima o do corrente. E todo isto

inflúe directamente en como as mulleres constrúen o seu mapa mental da cidade: onde si; onde non; a que hora; con quen.

Aproximación ao caso de A Coruña

Para unha primeira aproximación a esta problemática nun contexto local concreto, preséntanse a continuación datos dun pretest sobre percepción da violencia sexual na cidade da Coruña. A enquisa recolleu 264 respostas nos 22 días que estivo activa.

[A mostra está composta por 229 mulleres residentes en A Coruña, na súa maioría novas, con estudos superiores (70%), que A Coruña é a súa cidade natal ou vive nela desde fai varios anos, e con ingresos anuais baixos ou medios. Xeograficamente, as participantes residen principalmente en Os Mallos/Juan Flórez (23%), Catro Camiños/A Gaitreira/Os Castros (18%) e Agra do Orzán/Sagrada Familia (13%). En canto á orientación sexual, a maioría identificase como heterosexual (62%) e as mulleres bisexuais representan o 33%.]

Son datos non representativos, pero permiten un achegamento inicial. O 42% das enquisadas afirma ter sufrido algunha agresión sexual ao longo da súa vida. O 45% coñece a mulleres que sufriron este tipo de violencia no espazo público ao aire libre da cidade; o 73% coñece a máis dunha vítima.

Rúa peonil Ramón Cabanillas, A Coruña, febrero, 2026. Foto: Uxía López Mejuto.



non pensar na súa seguridade e gozar da festa ou levar algo para defenderse non é tan común. O non tomar ningunha precaución, por non temer a violencia sexual, representa ao 2,5%. Mentres, a maioría combinan varias estratexias de autoprotección, sendo as máis comúns aquelas de carácter preventivo e colectivo.

Estas estratexias de xestión do risco responden a distintos tipos de violencia sexual. A forma de agresión máis común –case todas a sufriron máis dunha vez– son os bicos e tocamientos derivados de insistencias e presións continuadas por parte dos homes, unha experiencia referida por 106 mulleres. Estas presións coaccionaron a 49 mulleres a manter algún tipo de relación sexual con coñecidos, parellas ou amigos, e en 39 casos derivaron en penetración; en ambos supostos, destacan as agresións cometidas polas parellas. Tamén os bicos, tocamientos ou comentarios sexuais foron facilitados mediante o uso de vulnerabilidade/submisión química, afectando a 26 mulleres, principalmente por parte de descoñecidos ou persoas pouco próximas.

Do mesmo xeito, 30 mulleres sufriron estas agresións mediante o emprego de forza física, exercida maioritariamente por homes sós.

Violencia sexual nas rúas de A Coruña

Máis alá da festa, a violencia sexual maniféstase como un continuum no espazo urbano. O acoso nas rúas de A Coruña afecta ao 81% das mulleres e é exercido maioritariamente por descoñecidos, tanto sós como acompañados. O 66% sufriuno seis ou máis veces dende a adolescencia e o 74% experimentouno no último ano, nun 33% dos casos en tres ou máis ocasións. O 18% refire ter sido bicada, acurrallada ou tocada por homes que actuaban sós, nun 89% dos casos descoñecidos; o 81% viviu entre unha e cinco veces e ao 35% ocorrelle no último ano. Asemade, o 3% afirma ter sido vítima de violación, o 57% en máis dunha ocasión. Por último, dúas mulleres (1%) sinalan ter sido violadas mediante o uso da forza no espazo público da cidade no último ano. A ambas lle sucedeu varias veces dende a adolescencia; a unha delas 5 ou máis veces.

NOTA SOBRE A AUTORA

Uxia López Mejuto. Doutora en Ciencias Sociais e do Comportamento (UDC). Membro do Grupo de Estudos Territoriais (GET), experta en socioloxía urbana crítica e socioloxía feminista. Especialización en violencia contra as mulleres e investigación sobre violencia sexual. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3398-7433>

Concluindo

O que se relatou non son casos illados, é un patrón, unha estrutura de poder e control. As mulleres desenvolven estratexias de autoprotección invisibilizadas que levan consigo non só custos emocionais senón tamén económicos. A mobilidade está atravesada por unha interseccionalidade ineludible. O uso de servizos con custos asociados como vía para a autoprotección supón un agravio económico que converte a seguridade nun privilexio. Pola súa parte, as medidas institucionais propostas acostuman caer no paternalismo, baseándose no proteccionismo de terceiros, eminentemente masculinos. Non se trata de que as mulleres aprendan a protexerse ou teñan que ser protexidas, senón de que a cidade deixe de ser un escenario de impunidade.

En definitiva, como muller habítase a cidade analizando ameazas e oportunidades en cada desprazamento, herdanza en parte de medos transxeneracionais retransmitidos por todos os flancos. O urbanismo feminista non é só unha mirada máis, é unha necesidade política. Porque camiñar sen medo tamén é un dereito urbano.

Notas

1. “*Déjame ser otra cosa que no sea un cuerpo
Deja de follarme con los ojos ya de paso
Cuando paso por la calle sola en todo momento
Porque me cago en to*”
(Gata Cattana, *Lisístrata*, 2015)
2. Bows, H., Day, A. y Dhir, A. (2022). “It’s Like a Drive by Misogyny”: Sexual Violence at UK Music Festivals. *Violence Against Women*, 30(2), 372-393. <https://doi.org/10.1177/10778012221120443>, p.386.
3. Barjola, N. (2019). *Microfísica sexista del poder. El caso Alcásser y la construcción del terror sexual*. Virus, p.30.
4. Loney-Howes, R. (2015). Beyond the spectacle of suffering: Representations of rape in online anti-rape activism. *Outskirts*, 33, 1-17.
5. Vera-Gray, Kelly, L. (2020). Contester gendered space: public sexual harassment and women’s safety work. *International Journal of Comparative and Applied Criminal Justice*, 44(4), 265-275. <https://doi.org/10.1080/01924036.2020.1732435>

MAPEAR LOS CUIDADOS PARA UNA CORRESPONSABILIDAD TERRITORIAL

TAMARA JERI

Históricamente, el urbanismo se centró en relevar la producción económica, dejando en segundo plano todo lo relacionado con la reproducción social, los cuidados. Esto no es casual: responde a una organización social donde estas tareas han sido asignadas históricamente a las mujeres y tratadas como algo “natural”, más que como un trabajo indispensable para sostener la vida.

Sin embargo, la vida cotidiana depende de una red de servicios, infraestructuras y desplazamientos que ocurren en la ciudad y que impactan de manera distinta a las personas según su género. En tal contexto, el espacio del territorio en el que se encuentra el cuidado se vuelve central para la forma en que averiguamos dónde ocurre el cuidado y quién lo proporciona, y qué obstáculos deben plantearse para hacerlo. Así, mapear el cuidado permite convertir las desigualdades invisibles en datos tangibles que pueden informar y proponer políticas públicas con énfasis en el género.

Esta mirada se relaciona con el concepto de “diamante del cuidado”, que plantea que estas responsabilidades deben distribuirse entre el Estado, el mercado, la comunidad y las familias. En América Latina existen experiencias de *mapas de cuidado* que no solo generan datos, sino que ayudan a comprender mejor la realidad local y guían decisiones basadas en evidencia para avanzar hacia ciudades más inclusivas (Mapa de Cuidados de

Colombia, Mapa de Cuidados en el Municipio B, Uruguay, Mapa de Cuidados de México y el Mapa Federal de los Cuidados de Argentina son solo algunos ejemplos).

En Chile, estas ideas se han aplicado en distintas escalas territoriales. A continuación, se presentan dos experiencias de mapas de cuidado en dos escalas, barrial y regional, que muestran su potencial como instrumentos políticos y de justicia urbana.

La escala barrial: un mapa para el sistema “Santiago Te Cuida”

En la comuna de Santiago, la Municipalidad impulsó con financiamiento propio una experiencia pionera a nivel local: el mapa ciudadano *Cuidar y Convivir en Diversidad y Seguridad en el Territorio*, centrado específicamente en la Unidad Vecinal N°10¹. Esta herramienta, creada entre 2022 y 2024, tuvo como propósito visibilizar recursos vinculados al cuidado y la convivencia desde una perspectiva interseccional. Lo innovador de esta propuesta radicó en que superó la visión tradicional de servicios básicos,

como salud y educación, para integrar dimensiones vitales de la cotidianidad al concepto de cuidado: la seguridad humana y la integridad física y mental. Así, este mapa reconoce que el derecho a cuidar y ser cuidado solo puede ejercerse plenamente en entornos libres de violencia y miedo.

El diseño y el poblamiento de datos incluyó, además de registros administrativos municipales, recorridos territoriales participativos y talleres comunitarios donde las propias cuidadoras y vecinas retroalimentaron la herramienta y complementaron información. En lo funcional, este permitía filtrar servicios según el tipo de población –personas mayores, infancia, personas con discapacidad, entre otros– y ofrecía funcionalidades de localización por GPS en tiempo real de la persona que busca.

Sin embargo, esta experiencia también fue bastante sensible a los cambios de poder: después de un cambio de alcaldía, el Mapa fue dado de baja. Este caso muestra que la sostenibilidad de una gobernanza feminista del territorio depende en gran medida de la voluntad política y la apropiación social de tales herramientas, y se requiere un mecanismo para proteger dichos datos como salvaguarda de los derechos de la comunidad contra cambios de poder.

La escala regional: un mapa de cuidados para la Región Metropolitana

Ampliando la escala, se implementó el *Mapa Regional de Cuidados: hacia una corresponsabilidad social y de género en los cuidados*, para las 52

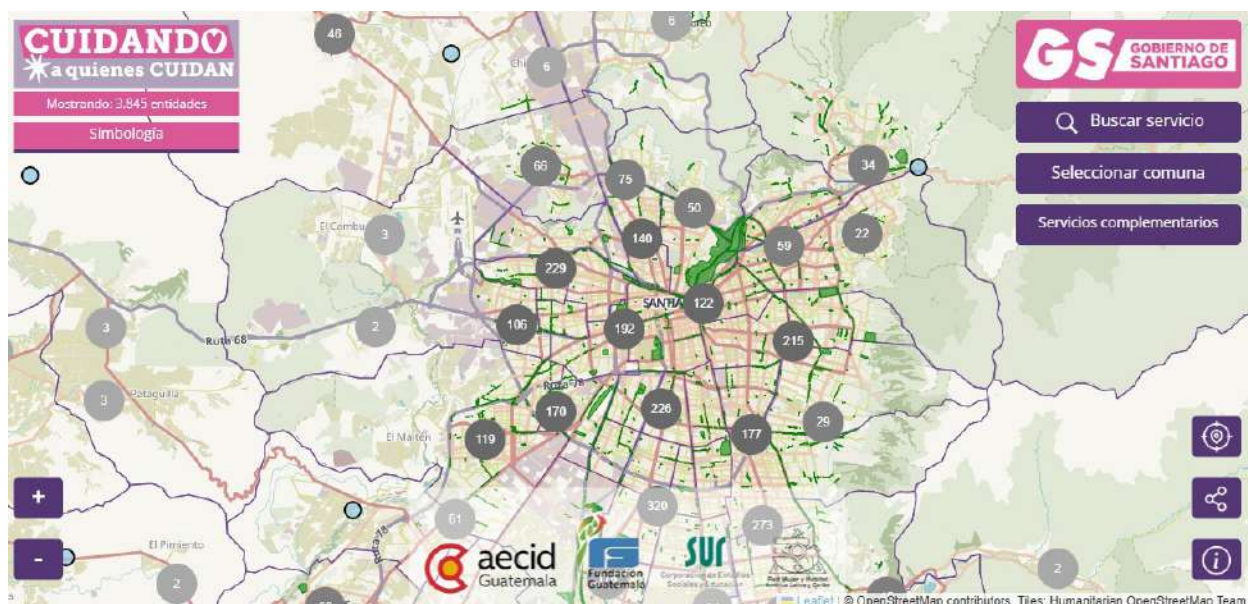
comunas de la Región Metropolitana de Santiago. Esta herramienta, operativa desde abril de 2025 y financiada por la AECID, se inserta en la Política Regional para la Igualdad de Género y actúa como soporte técnico del programa *Cuidando a quienes Cuidan*². A diferencia del mapa barrial, esta plataforma regional permite una visualización macro que muestra concentraciones y vacíos de servicios por zonas, facilitando la planificación intersectorial a nivel gubernamental.

La construcción de esta base de datos enfrentó el desafío de la fragmentación de la información oficial y, para ello, combinó el uso de fuentes geospaciales del Estado con búsquedas manuales para consolidar un registro que incluyera servicios públicos de dependencia central y municipal. Tecnológicamente, el mapa regional también usó código abierto, garantizando gratuidad y replicabilidad en otros territorios sin dependencias tecnológicas externas, promoviendo el derecho al acceso a la información.

A través de talleres participativos de testeo se reveló que, para los equipos municipales, el mapa resultó una herramienta útil para crear rutas de trabajo y articular áreas de salud y desarrollo social. Por su parte, para las mujeres cuidadoras, su valor recae en la capacidad de identificar una red de apoyo cercana. Como contracara, se detectaron barreras significativas como la brecha digital en personas mayores o con baja alfabetización tecnológica, especialmente entre las mujeres. En respuesta, se incorporaron mejoras como la geolocalización

Exposición de bienvenida a Jornada de Participación N° 1 Mapa Ciudadano “Cuidar y Convivir en comunidad y diversidad”.
Fuente: Equipo SUR Profesionales Consultores.





Página de inicio del Mapa Regional de Cuidados (<https://www.cuidandoaquiencuidan.cl/mapa>)

automática del usuario y filtros específicos para servicios de salud mental y rehabilitación, buscando garantizar que nadie quede fuera de este sistema de apoyo por razones tecnológicas.

Lecciones aprendidas: hacia una gobernanza territorial del cuidado

Estas experiencias ofrecen lecciones cruciales para las políticas de cuidado y una gestión territorial con enfoque de género y derechos humanos. Primero, mapear es un acto de visibilización política: traslada el cuidado del ámbito privado al público, reconociendo las redes comunitarias y promoviendo la corresponsabilidad para desnaturalizar la carga sobre las mujeres.

Segundo, su eficacia depende de la inserción institucional; para trascender cambios de autoridades, los mapas debieran integrarse en políticas permanentes con presupuestos estables y resguardo social. Tercero, ante la brecha digital, es vital implementar estrategias de mediación (como cartillas impresas y capacitaciones) que aseguren la apropiación de las personas mayores, garantizando que la tecnología no sea una barrera de exclusión.

Finalmente, es necesario avanzar en una gobernanza de datos entre niveles regionales y locales que centralice estadísticas hoy fragmentadas, permitiendo decisiones estratégicas y fortale-

ciendo la incidencia política de las organizaciones de mujeres en el territorio.

En conclusión, los mapas de cuidado son instrumentos con un alto potencial para identificar vacíos de cobertura y diseñar ciudades más humanas, que reconozcan y respondan a las necesidades de cuidado. Más allá de ser simples visualizadores, deben consolidarse como herramientas pedagógicas que promuevan un cambio cultural profundo: entender el cuidado no como una carga individual de las mujeres, sino como un derecho social y una responsabilidad colectiva indispensable para el sostenimiento de la vida.

Notas

1. Mapa desarrollado por equipo de SUR Profesionales Consultores SA mediante convenio con la Municipalidad de Santiago.
2. Mapa ejecutado por Cooperación SUR, mediante convenio con el Gobierno Regional de Santiago, en el marco del Proyecto "Fortalecimiento de Liderazgo y Participación de Mujeres para Avanzar Hacia Ciudades Feministas y Territorios que Cuidan" de la Red Mujer y Hábitat de América Latina, coordinado por Fundación Guatemala y financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

NOTA SOBRE LA AUTORA

Tamara Jeri es socióloga (Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), Magíster en ciencias sociales- sociología de la modernización (Universidad de Chile, 2015) e investigadora y gestora de proyectos de SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, desde donde ha participado en la elaboración de Mapas de Cuidado y en Proyectos de cooperación internacional sobre cuidado y territorio.

URBANISMO LOCAL CON PERSPECTIVA DE XÉNERO DESDE SILLEDA

CRISTINA BOTANA IGLESIAS, NATALIA CAMPOS FERRO E MARÍA NOVAS FERRADÁS

A incorporación da perspectiva de xénero á planificación urbana presentouse nas últimas décadas como unha ferramenta de innovación política e metodolóxica capaz de cuestionar as lóxicas capitalistas e androcéntricas dos modelos urbanos.

Camión en Silleda. Foto: Cristina Botana.



A sí, o territorio deixa de ser entendido como un “soporte neutro” para infraestruturas e actividades económicas e pasa a ser lido como un espazo afectado por relacións de poder e prácticas cotiás que sosteñen a vida. Sen embargo, os estudos urbanos seguen maioritariamente centrados nas cidades e as súas áreas metropolitanas, mantendo os sistemas intermedios, as vilas, e o rural fóra do foco.

Xénero e planificación: unha experiencia galega

Neste escenario, os concellos rurais galegos enfróntanse a unha situación paradoxal. Por unha banda, as administracións locais asumen compromisos crecentes en materia de igualdade, sustentabilidade e dereitos, a través dos Plans de Igualdade, da Axenda 2030 ou de marcos normativos supramunicipais; por outra, adoitan carecer de estratexias urbanas propias, ferramentas metodolóxicas adaptadas e referentes próximos que lles permitan traducir estes compromisos en actuacións concretas sobre o territorio. A planificación segue sendo maioritariamente reactiva, fragmentada e sectorial, dificultando a construción dunha visión integral a medio e longo prazo. Neste contexto, resulta clave dotarse de documentos estratéxicos que permitan ler o territorio desde a complexidade da vida cotiá e orientar a toma de decisións públicas. Para que estas estratexias sexan efectivas, é imprescindible que se constrúan de maneira inclusiva, abrindo os procesos á participación cidadá e incorporando unha perspectiva de xénero interseccional que recoñeza a diversidade de corpos, tempos, idades e situacións vitais presentes no rural e nas vilas de pequena escala.

A diagnose urbana con perspectiva de xénero desenvolvida nos núcleos de Silleda e A Bandeira, na provincia de Pontevedra, entre marzo e xullo de 2025 constitúe unha experiencia singular en Galicia. Non só pola súa dimensión experimental, senón porque demostra de maneira directa que a teoría feminista é aplicable tamén en contextos menos densamente urbanizados. Probando que a perspectiva feminista é especialmente necesaria en territorios rurais e semiurbanizados, ou urbanizados de pequena escala, onde a dependencia do vehículo privado, a dispersión de servizos, a invisibilización do traballo de coidados e a fragilidade das infraestruturas públicas xeran desigualdades profundas e persistentes. Nun momento de grave retroceso nos enfoques de dereitos, feministas e territorializados, compre destacar a grande relevancia e excepcionalidade desta experiencia.

A diagnose deu continuidade ao proxecto estatal de investigación ESMAART (Enfoque Social para a Mellora Ambiental dos Asentamentos Rurais Tradicionais), coordinado desde a Universidade da Coruña en 2025, cuxo obxectivo foi desenvolver metodoloxías integrais para a planificación e rexeneración do rural galego desde unha perspectiva social, ambiental e inclusiva. No seu Work Package 2, dedicado á integración da perspectiva de xénero, elaborouse unha proposta de indicadores específicos para contornos rurais galegos, afastándose das adaptacións simplificadas de ferramentas urbanas e apostando por unha análise situada, multiescalar e interseccional.

A experiencia piloto de Silleda e A Bandeira serviu para testar, adaptar e ampliar esta metodoloxía, combinando análise técnica, traballo de campo e procesos participativos intensivos. Pero, sobre todo, funcionou como un exercicio político: un proceso de lectura colectiva do territorio que puxo en cuestión as prioridades tradicionais da planificación municipal e desprazou o foco cara á vida cotiá, os coidados e as experiencias encarnadas das persoas que habitan a vila.

Metodoloxía situada: indicadores, escalas e participación

Un dos elementos máis innovadores da diagnose foi a construción dunha metodoloxía adaptada ás condicións específicas do rural-intermedio galego. Partindo dunha primeira proposta de indicadores estruturados en tres compoñentes, pasando a unha estrutura baseada en cinco compoñentes (provisión de servizos, vitalidade, calidade ambiental, autonomía e seguridade e tecido social) e reorganizando os indicadores definidos inicialmente en dous indicadores por compoñente.

O décimo indicador, saúde ambiental, incorporouse para avaliar e visibilizar como as condicións climatolóxicas, a presenza de áreas verdes e vexetación, a calidade do aire, a sombra ou o confort térmico inflúen na habitabilidade e os usos do espazo público, recoñecendo que o benestar físico e climático son unha peza fundamental da igualdade territorial e da vida cotiá.

A análise desenvolveuse de maneira multiescalar recoñecendo que as desigualdades se producen e se reproducen en diferentes niveis e que as solucións non poden limitarse á escala do espazo público inmediato. Esta mirada ampla permitiu conectar problemáticas locais, como a falta de sombras ou de bancos, con cuestións estruturais como a organización do transporte público ou a distribución territorial dos servizos.



Obradoiro de mapeo colectivo en Silleda. Foto: María Novas.

A diagnose participada baseouse en reunións con diferentes axentes locais, roteiros urbanos, obradoiros de mapeo colectivo, cuestionarios e microentrevistas permitiron integrar as experiencias cotiás da poboación na diagnose. Especial relevancia tivo a participación das mulleres, incluíndo unha mesa específica con mulleres migrantes que aportaron a súa mirada sobre todas as cuestións analizadas a través da súa experiencia e outra proposta de participación dirixida a persoas con diversidade funcional, que asumiron un papel protagonista na lectura crítica do territorio, visibilizando tarefas e desprazamentos habitualmente invisibles para a planificación técnica.

Coidados, mobilidade e vida cotiá: o que o urbanismo non ve

Durante e diagnose constatouse que Silleda e A Bandeira contan cunha estrutura urbana relativamente compacta, que facilita a proximidade entre vivenda e servizos básicos. Non obstante, esta aparente vantaxe vese erosionada por múl-

tiples desaxustes: itinerarios peonís incompletos, barreiras arquitectónicas, espazos públicos pouco habitables e unha clara priorización do tráfico rodado. A ausencia de bancos, sombras ou espazos de descanso penaliza especialmente ás persoas maiores, ás crianzas e a quen realiza tarefas de acompañamento. A iluminación deficiente nalgúns puntos concretos e a falta de continuidade nos percorridos afectan á autonomía e á seguridade percibida, condicionando os horarios e os usos do espazo público, especialmente no caso da percepción de seguridade das mulleres.

A mobilidade emerxeu como un eixo crítico. Identificáronse diversas necesidades nos itinerarios máis comúns que se producen entre as aldeas e a vila, entre os dous núcleos urbanos que posúe o concello ou entre a vila e a cidade de referencia, Santiago de Compostela. A dependencia do vehículo privado no rural galego non é unha cuestión de elección individual, senón unha imposición estrutural derivada da falta de alternativas de transporte público eficientes e accesibles. Esta situación xera unha desigualda-

de profunda entre quen pode acceder a un vehículo privado e quen non, limitando o acceso á educación, á sanidade, ao emprego, ao ocio e á participación social. A diagnose puxo de manifesto como estas limitacións afectan de maneira desproporcionada ás mulleres, que polo rol social presentan unha mobilidade próxima e complexa.

Outro aspecto central foi analizar a autonomía e a seguridade no espazo público desde unha perspectiva feminista que vai máis alá da prevención do delito: como capacidade de habitar con confianza, visibilidade e recoñecemento, tamén nas dimensións física, ambiental e simbólica. A diagnose identificou zonas infrautilizadas e pouco acolledoras que reducen a diversidade de usos e corpos, e incorporou a calidade ambiental (confort térmico, arborado, pavimentos drenantes e protección ante eventos extremos) como eixo clave para unha planificación xusta e sostible en contexto de cambio climático.

Unha aproximación aos valores feministas no urbanismo galego

A diagnose urbana con perspectiva de xénero en Silleda e A Bandeira constitúe unha das primeiras experiencias en Galicia de aplicación sistemática da teoría feminista á avaliación urbana en contextos rurais e intermedios, sentando as bases para o desenvolvemento de estratexias e deseños urbanos máis inclusivos. O proceso permitiu, ademais, redefinir e mellorar os indicadores iniciais do proxecto ESMAART, xerando unha ferramenta metodolóxica flexible e transferible a outros concellos galegos.

A experiencia demostrou que a incorporación da perspectiva de xénero como criterio transversal nas políticas locais de ordenación do territorio non só é viable, senón especialmente pertinente. Neste sentido, resulta clave dotarse de documentos estratéxicos capaces de ler o territorio desde a complexidade da vida cotiá e orientar a toma de decisións públicas, sempre desde enfoques participados e cunha perspectiva de xénero interseccional que recoñeza a diversidade de corpos, tempos, idades e situacións vitais presentes no rural e nas vilas.

Os resultados da diagnose permitiron identificar deficiencias urbanas, establecer prioridades e iniciar actuacións concretas. Este proceso só adquire sentido pleno grazas ao compromiso político da administración local, que non só promoveu e financiou a diagnose, senón que asumiu desde o inicio o compromiso de integrar os seus resultados nas decisións públicas e nas estratexias municipais futuras. Sen esta implicación institucional, o exercicio tería quedado reducido a un informe técnico máis, desvinculado da acción.

En definitiva, o caso de Silleda cuestiona a centralidade urbana dos discursos sobre o dereito á cidade e as transformacións xustas, propoñendo unha extensión necesaria cara ás vilas e aldeas galegas. Ao situar a vida cotiá, os cuidados e a participación no centro da política urbana, esta experiencia contribúe a construír o dereito á vila e á aldea como un dereito colectivo que tamén se xoga nos territorios aparentemente periféricos, ofrecendo un referente crítico para repensar o futuro do rural galego desde unha perspectiva feminista, democrática e arraigada no lugar.

NOTA SOBRE AS AUTORAS

Cristina Botana Iglesias é doutora arquitecta (UDC, 2021), colaboradora docente na Universitat Oberta de Catalunya (UOC) e investigadora especializada en ecofeminismos e estudos decoloniais aplicados ao territorio. Entre os seus últimos traballos destaca o proxecto *A Coruña entre memorias. Historia, colonialismo e identidade*.

Natalia Campos Ferro é arquitecta e urbanista en exercicio profesional libre, mestranda en Valoración, Xestión e Protección do Patrimonio Cultural pola Universidade de Vigo (UVigo). Desenvolve a súa actividade profesional con especial interese polas relacións entre xénero, patrimonio e territorio, abordadas desde enfoques de participación cidadá.

María Novas Ferradás é doutora arquitecta, profesora e investigadora na Cátedra da Historia e Teoría do Deseño Urbano e editora académica da revista científica *gta papers*, no Institute for the History and Theory of Architecture (gta) da ETH Zurich en Suíza.

CONTRA CORRIENTE: CONCURSO PASCUALA CAMPOS DE MICHELENA

AMPARO CASARES GALLEGO, MÓNICA MESEJO CONDE Y EMMA LÓPEZ BAHUT

“Igualdade_ET SAC”, un grupo de trabajo no formal cuyo objetivo es promover la incorporación de la perspectiva de género en el ámbito universitario más allá de la docencia reglada, presenta, como experiencia transferible y ejemplar, el concurso de trabajos académicos con perspectiva de género “Pascuala Campos de Michelena” de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidade da Coruña, para activar la presencia de las cuestiones de género y feministas en las universidades.

III Concurso Pascuala Campos, diciembre 2025. Foto: Igualdade_ET SAC.





La arquitecta y catedrática de Proyectos Arquitectónicos Pascuala Campos de Michelena.
Fuente: Igualdade_ETSAC.

Lavadero de Combarro, obra de Pascuala Campos.
Fuente: Igualdade_ETSAC.



Con la nueva titulación de Grado en Estudios de Arquitectura en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidade da Coruña (ETSAC_UDC), en 2015, aparece el Trabajo Fin de Grado (TFG). El profesorado puede establecer libremente una o dos líneas temáticas para los Trabajos Fin de Grado que tutelarán, y dentro de cada línea, proponer dos o tres temas específicos que se desarrollarán durante ese curso académico. Los temas pueden tener como máximo dos personas tutoras. Se publican en la web del centro al inicio del curso, y el alumnado elige en función de sus intereses o afinidades, ya sea por el tema, el contexto de trabajo o la persona tutora.

La tutela, personal y continua, aporta al alumnado técnicas y herramientas generales para la investigación y contribuciones específicas para su tema. Al final del curso, se emite un informe favorable, o no, para la presentación del trabajo ante un tribunal que lo evaluará.

Antes del concurso

La profesora Amparo Casares Gallego lanza entonces la línea "Arquitectura_Mujer_Ciudad" que trata de analizar críticamente el legado de las grandes arquitectas silenciadas, introducir temas como la igualdad, la inclusión y la seguridad para todas las personas y concienciar de la discriminación en el diseño arquitectónico y urbano.

A lo largo de estos diez años se han incorporado progresivamente nuevas personas tutoras de distintas áreas de conocimiento a esta línea temática, lo que se refleja en el aumento sostenido de estudiantado, de temas de investigación y de presencia entre los TFG desarrollados en la ETSAC. Sin duda la creación del concurso desde Igualdade_ETSAC ha contribuido enormemente a este avance.

¿Qué es Igualdade_ETSAC?

En 2021 se constituye, en la ETSAC_UDC, "Igualdade_ETSAC", un grupo de trabajo no formal cuyo objetivo es promover la incorporación de la perspectiva de género en el ámbito universitario más allá de la docencia reglada. A través de acciones educativas no formales -conferencias, web, textos, premios y actividades de difusión en la red- se busca sensibilizar y formar a la comunidad académica en cuestiones de género. Igualdade_ETSAC está conformado por profesoras, alumnas y personal administrativo y técnico del centro.

La iniciativa de formar el grupo surge desde la constatación de las carencias docentes sobre la perspectiva de género en los diferentes grados

y másteres que se imparten. Por eso, este grupo, desde la colaboración, apuesta por una difusión de las cuestiones de género y feministas a través de la sensibilización y de la formación no-formal en la comunidad ETSAC.

Con este objetivo se construye una web propia y se fomenta la presencia en redes sociales. Además, en la web se aglutinan, conformando un repositorio, todas las acciones que se van consolidando. Se anuncian los actos de conmemoración del 8 de marzo, se pueden descargar los TFG con perspectiva de género y existe un relevante apartado de Cápsulas Igualdade ETSAC, pequeños textos con información, sobre autoras, obras e iniciativas que, a lo largo de la historia y en la actualidad, permiten poner el acento sobre la perspectiva de género, escritas por personas del grupo o invitadas por ellas.

El concurso

Igualdade_ETSAC, en 2021, crea el Concurso de Trabajos Académicos con Perspectiva de Género “Pascuala Campos de Michelena” con el objeto de incentivar la realización de trabajos con esta perspectiva entre el alumnado de grados y másteres, y contribuir, de esta manera, a promover su introducción en la investigación y la docencia en la ETSAC_UDC.

El concurso es bianual y se han realizado ya, con éxito, tres convocatorias: la primera en 2021 y la última en 2025. Los trabajos ganadores destacan por la puesta en valor de los enfoques innovadores de las grandes arquitectas silenciadas, por la importancia de la función social de la arquitectura y, por supuesto, por su alta calidad. Todos los trabajos premiados se encuentran en el Repositorio TFG Igualdade_ETSAC. El resultado de los concursos aparece en la Fig. 1.

Se dedica el concurso a Pascuala Campos de Michelena, en reconocimiento a esta profesora de la ETSAC_UDC, primera catedrática de Proyectos Arquitectónicos de España, cátedra que alcanza en 1995 con un proyecto de investigación sobre “Género y Arquitectura”. Entre los aspectos pioneros como arquitecta-activista-feminista, Pascuala Campos es precursora de la docencia arquitectónica con perspectiva de género, tanto en esta escuela como fuera de ella.

CONCURSO PASCUALA CAMPOS DE MICHELENA



Figura 1. Trabajos premiados en las tres primeras ediciones del concurso Pascuala Campos de Michelena. Para más información, <https://www.udc.es/es/igualdadeetsac/TFGs/>

En sus clases de Proyectos, en la ETSAC_UDC, Pascuala Campos trabaja fundamentalmente con viviendas y agrupaciones. El enfoque es, desde su incorporación en 1982, poner a las personas en el centro de la acción del proyecto, la reflexión profunda sobre el espacio doméstico y la construcción de la colectividad en el espacio público. Proyectar es responder a problemas reales, no es una acción sublimada, es comprender a las personas, sus tiempos y sus historias vitales, es hacer arquitectura desde la intuición creadora.

Crea la materia “Cuerpo, Espacio y Arquitectura”, pura innovación docente, una revolucionaria optativa que introduce las técnicas del teatro espontáneo para recuperar espacios de creación colectiva, que fortalecen los vínculos entre los participantes y los de estos con su propia experiencia y visiones.

Después del concurso

La experiencia de Igualdade_ETSAAC demuestra que la educación no formal constituye una estrategia eficaz, innovadora y necesaria para integrar la perspectiva de género en la universidad. En

contextos institucionales poco receptivos es imprescindible crear redes de colaboración interdepartamentales, en las que se integren todos sus estamentos: docentes, alumnado y personal administrativo y técnico; el apoyo del grupo es clave en entornos tan masculinizados como la ETSAC. Igualdade_ETSAAC y, en particular, este concurso, evidencian que las iniciativas horizontales, surgidas desde el compromiso de la comunidad universitaria, pueden abrir nuevos caminos educativos en el ámbito universitario, cuestionando estructuras jerárquicas y proponiendo prácticas más equitativas.

El grupo Igualdade_ETSAAC constituye una experiencia transferible y ejemplar de cómo transformar la universidad desde abajo, a través del trabajo colectivo, la acción persistente y el pensamiento crítico con perspectiva de género. La conexión con este tipo de experiencias y prácticas realizadas en otros centros, ampliaría la red a la colaboración interuniversitaria reforzando, sin duda, el soporte necesario para avanzar hacia una sociedad más justa y equitativa.

NOTA SOBRE LAS AUTORAS

Amparo Casares Gallego, Mónica Mesejo Conde y Emma López Bahut, arquitectas y profesoras de proyectos arquitectónicos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de A Coruña, Universidade de A Coruña, pertenecientes al grupo Igualdade_ETSAAC.



CRÍTICA URBANA

ISSN 2605-3276



DIRECCIÓN: Maricarmen Tapia Gómez.

EQUIPO EDITORIAL: Jerónimo Bouza, Nadja Monnet; Maricarmen Tapia; Anibal Venegas.

REDACCIÓN: Emanuela Bove, Nápoles; Vicenç Casals, Barcelona; Fabiola C. de Souza Cordovil, Maringá; Miquel Domingo, Barcelona; Isabel Duque, Bogotá; Daniel Jiménez Schlegl, Barcelona; Rubén Lois, Santiago de Compostela; Alfonso Raposo, Santiago de Chile; Eulàlia Ribera, Ciudad de México; Mercè Tatjer, Barcelona.

MAQUETACIÓN: Fernando Pérez Barral.

COLABORAN:

ASESORES: Raquel Águila, Santiago de Chile; Eveline B. Algebaile, Rio de Janeiro; Cristina Botana, A Coruña; Horacio Capel, Barcelona; Marcos Bernardino de Carvalho, Sao Paulo; Nadia Casabella, Bruselas; Jeffer Chaparro, Bogotá; Patricia Corvalán, Santiago de Chile; Manuel Delgado, Barcelona; El Rogle Cooperativa, València; Lucía Escrigas, A Coruña; Ángela A. Ferreira, Natal; Tarcyla Fidalgo Ribeiro, Rio de Janeiro; Edward Fox, Mánchester; Liliana Fracasso, Venecia; Jean-Pierre Garnier, París; Floriano Godinho de Oliveira, Rio de Janeiro; Oriol Nel-lo, Barcelona; Jorge Olcina, Alicante; José Luis Oyón, Barcelona; Alfredo Rodríguez, Santiago de Chile; João Seixas, Lisboa; José Luis Sepúlveda, Temuco; Clecio A. da Silva, Florianópolis; Ana Sugranyes, Santiago de Chile; Blanca Valdivia, Barcelona.



ANTE
Análise Territorial
GI - 1871

Un Grupo de
Investigación da



UNIVERSIDADE DA CORUÑA